



**Ba** **ya** **do**

***Nuevas formas de hacer comunicación:  
periodismo, música y literatura***

**A nuestras familias**

**a nuestros amores**

**a los barderos**

**a los tres hombres punks**

**y al kayakista solitario**

## Prólogo

### Viaje al fin del aguante

*Usted mantenga el timón derecho y agárrese bien, que el agua sabe adónde va.*

Capitán Gonzaga

Cierto texto rector de una materia relacionada con el periodismo gráfico en la vieja Escuela Superior de Periodismo, y de cuyo nombre no quiero acordarme, proscribía la primera persona. En cambio, cuando les pareció necesario, acudieron a ella en sus producciones periodísticas Roberto Arlt, Rodolfo Walsh, Haroldo Conti, Sara Gallardo. También contra aquella injusticia de la que éramos principales víctimas los estudiantes recién ingresados es que arranco ahora en primera persona. Pero más que las revanchas con el pasado me interesan las discusiones con el presente. Arranco así, yo, ahora, sobre todo para hacer, para hacerme, para hacerles, preguntas que interpelen prácticas actuales y por venir: ¿hay algo más concreto, hay algo más directo que la primera persona? No ignoro que este planteo puede sonar fuera de lugar. Por eso, también, sigo así. ¿Hay en la escritura -en cualquier escritura- otra cosa que la primera persona, más allá de los manuales de estilo, más allá de las máscaras gramaticales y retóricas?

¿Me dirán que todo esto es una provocación? Comenzamos entonces a entendernos. Aunque, como le dijera Charly García al Potro Rodrigo cuando en medio de una francachela el cordobés propuso grabar un disco juntos, hay límites. No pretendo ahora, de modo simétrico y opuesto a lo que hacía aquel pragmático encumbrado a la cátedra, intentar la proscripción de la ter-

cera persona (ni de la segunda, ni de la cuarta, ni de la quinta ni de la novena aumentada... ¡No a las proscipciones!). Tampoco predico un fundamentalismo individualista ni hago profesión de fe de relativismo cultural (una más de las tretas del poder en el capitalismo tardío).

El escrito que estoy intentando prologar es en primera persona. Y no estoy hablando de gramática. No se trata ésta de una primera persona egoísta cuyo único objetivo sea plantear la irreductible verdad de su derrotero o solazarse en la delectación morosa de un puñado de sensaciones furtivas o prohibidas. Aunque algo de eso hay y por qué no. Estamos ante una primera persona del plural que, aparte de involucrar en cuerpo y alma a sus dos tripulantes, da cuenta y se hace cargo de una experiencia colectiva. Una experiencia generacional, vale agregar para situarla mejor, a falta de una coordenada más precisa. Estamos ante una experiencia nueva y debemos tener la lucidez y el coraje de no reducir sus rasgos al molde de aquello que ya conocemos. Por supuesto, dado que la novedad absoluta es una módica utopía de gerentes publicitarios, algo acarrea de experiencias juveniles pasadas. Pero no es la milonga de los cuarenta ni el naufragio de los sesenta ni la caravana de los ochenta. No es tampoco el aguate: es el agite.

Yo, prologuista con meandros (da el río sus vueltas pero llega), soy de la época en que muchos, a principio de mes, nos asomábamos al kiosco, ansiosos, a ver las tapas de *El Porteño*. Cómo olvidar aquella de cuando estaba en primer año de la Escuela de Periodismo, con un huevo de chocolate roto del que salía un soldadito de plástico y el título Pascua sin huevos. Los tripulantes de *Bardo* se asoman al kiosco, o a internet, para ver las tapas de ese prodigio que Horacio Verbitsky señaló como la publicación política más importante y más seria de Argentina. Qué se encuentran en las tapas de *Barcelona* y por qué y cómo se asoman a mirarlas, a mirarse en ellas, es uno de los asuntos de este libro.

Yo, prologuista con meandros pero no se me impacienten amigos, soy de la época en que estudiábamos siguiendo un plan de estudios absurdo, los prologados son de esta época en que pueden optar por licenciarse haciendo una tesis de producción. En el medio hubo luchas, no lo olvidemos, ganadas y perdidas. También de esos pasos hay huellas en su camino. Es de celebrar la posibilidad, para quienes desean consagrarse al periodismo gráfico de emprender una tesis que respete su deseo. Además de algo tan básico, entiendo que este tipo de tesis instaura la posibilidad de un encuentro intergeneracional -prologados y prologuista como parte de la misma tripulación- que es un encuentro de diferentes experiencias laborales, políticas, estéticas, existenciales. Además, acerca a la universidad al mundo del trabajo desde maneras más productivas y solidarias que la fabricación de obreros en serie para los grandes medios o la provisión, a medios no tan grandes, de mano de obra barata y con ciertos niveles de calificación. Esto que puede sonar muy violento no ha dejado de ser una propuesta del poder: que las universidades públicas aporten los peones, que los grandes grupos económicos se guardarán la prerrogativa de nombrar de acuerdo con sus intereses a sus alfiles columnistas. Por último, pero no por ello menos importante, esta forma de trabajo acerca a quienes día a día están construyendo la Facultad de Periodismo con los que vivimos el oficio por fuera de ella (lo cual no quiere decir ajenos a ella).

Que en tiempos de internet, facebook, twitter y marketing los tripulantes de esta aventura elijan hacer un libro nos está diciendo algo fuerte. Sepamos escuchar.

El presente es un libro de viajes. Se constituye en el camino. Aunque se cuele alguna travesía hasta el entrañable y aún no *santelmizado* Meridiano V, sobre todo es un libro de viajes desde La Plata hasta Buenos Aires. Un tipo de viajes con una larga tradición que abarca el viaje a pie de Bach hasta Hamburgo para

encontrarse con el maestro organista Buxtehude, el *-mentido-* viaje de Wagner para encontrarse con Beethoven, los viajes que emprendían los jóvenes poetas de los años sesenta para encontrarse con Juanele Ortiz o, por qué no, los viajes de los igualmente jóvenes activistas políticos de los mismos años para buscar una palabra, un guiño, un silencio, una chicana aunque fuera del Viejo.

Arroyo y Babino van al encuentro de (y nos llevan al encuentro con) Pablo Marchetti, Fabián Casas y Gabo Ferro. Cultores a través de variados medios de nuevas formas de comunicar en las que se cruzan el arte, el periodismo, el panfleto y la academia.

En el camino, como sucede en las buenas novelas, los asuntos se multiplican. La fetichización de las drogas, cuando la cuestión no es el uso de una sustancia sino el contexto. La descripción de calles y construcciones como crítica social. El encuentro de los artistas con el público y la tendencia a la disolución de las barreras entre ellos. El caminar por la ciudad o, como quería Walter Benjamin y practicaron tanto Borges como González Tuñón y el Malevo Muñoz, *aprender a perderse en una ciudad como en un bosque*. Los autores se convierten en eso que las críticas tilingas leen mal traducido en ediciones hispánicas que cuestan un ojo de la cara y llaman, sin hablar francés, *flanêurs*. Digamos *yirantes*. Eso que tan bien cantó, en la voz de Javier Martínez, el rock nacional: *Todo el día me pregunto, para qué vivo así, caminando sin parar, casi siempre sin dormir...*

Más allá de asuntos tan diversos y tratados de manera atractiva, hay un primer gran tema, implícito: la forma de la escritura. Lo que hacen los autores es nuevo nuevo periodismo en tiempos de *internetización* de la gráfica e infografías. Lo que hacen es crónica: o sea todo aquello de lo cual la infografía no puede dar cuenta. Las citas desperdigadas por el texto urden el mapa provisorio y tentativo por el cual navega su forma de comprender, de practicar y de discutir el género. Ese mapa de lecturas y de

escuchas es original y nuevo. Y, lo más interesante de todo, aún no cristalizado.

Charles Baudelaire escribió que pobre del artista que no guarde en sí un crítico. En nuestra época podemos decir pobre del artista que no guarde en sí a un comunicador. Lo saben Marchetti, Casas y Ferro. A su vez, para interrogar lo que ellos hacen, Babino y Arroyo se vuelven comunicadores artistas. Arte comunicativo y comunicación vuelta arte dialogan en estas páginas.

Baudelaire, con intuición y astucia de poeta maldito, ya a mediados del siglo XIX desconfiaba de las vanguardias en particular y de las metáforas militares en general: *Aquí toda metáfora usa bigote*, escribió. Y sentenció: *Este hábito de las metáforas militares denota espíritus hechos para obedecer, para la conformidad*. El devenir histórico mostró que las vanguardias artísticas y políticas además de sus repetidos y prolongados desencuentros estuvieron pocas veces a la altura de las tareas emprendidas, las energías puestas en juego y las expectativas alentadas. Como reflexionó Eduardo Subirats, demasiadas veces incurrieron en una pastoral acrítica de la vida moderna. No es raro entonces que en términos barthesianos *su recuperación y dilución* por parte del sistema que pretendían combatir -el capitalismo- haya resultado tan sencilla. Hoy cantidad de morfemas expresionistas, surrealistas o pop forman parte del lenguaje más vulgar de la publicidad.

Pese a los reveses de la historia y las defecciones del arte, la humanización de lo humano está aún pendiente. Y no ha muerto la voluntad de intervención a la manera pedida a gritos punk por Arthur Rimbaud: *hay que cambiar la vida*. Para ese lado y sin grandilocuencias andan esas nuevas formas post-vanguardistas de fusión de la experiencia artística con la comunicativa y la política que practican, cada uno con distintos matices, Marchetti, Casas y Ferro. Para ese lado nos invita este libro a viajar.

Los noventa quizás hayan sido, entre otras cosas, la época

de un estoicismo lumpen que se llamó aguante. Asoma quizás, también en el mundo de las culturas juveniles –incluso fragmentadas y tribalizadas y trivializadas como están- un cambio de paradigma. Podemos leer así a Bardo como un viaje al fin del aguante. Pero en el fondo me parece que su gran tema es la autonomía: el derecho de las nuevas generaciones de darse a sí mismas la ley. No una ley relacionada únicamente con la satisfacción narcisista, inmedatista y sin obstáculos del propio deseo, sino una ley que vincule deseo y bien común. Dicho en palabras que ellos suelen repetir como un mantra: Paz, Amor, Libertad, Respeto.

No para cerrar, sino todo lo contrario, vayan dos frases de quien es el máximo poeta del rock argentino y uno de sus grandes músicos. A su manera, alto cronista de este tiempo compartido, viajero hacia la luz. ¿Acaso hace falta nombrarlo?

*Aunque me fuercen yo nunca voy a decir que todo tiempo por pasado fue mejor... Mañana es mejor.*

*¿Quién resistirá cuando el arte ataque?*

***A orillas del Maldonado, Berisso, junio 2011***  
***Juan Bautista Duizeide***

***Bardero, ra:*** *Persona que hace bardo, quilombero.*

***Quilombero, ra:*** *adj. Que suele hacer quilombo, bullanguero, ruidoso.*

*Ú. con Desc. “Cortala con el chingui chingui, quilombero, o te apago el equipo a patadas”.*

*“Puto el que lee”, diccionario editado por “Revista Barcelona”.*

I

***“Qué he sacado con la sombra ay ay ay  
del aroma por testigo ay ay ay  
Y los cuatro pies marcados ay ay ay  
en la orilla del camino ay ay ay”.***  
**Violeta Parra**



## Fabián

La dirección, anotada en letra manuscrita negra sobre un pedazo de papel blanco, era una incógnita. O bien, un mapa pequeño que indicaba la ubicación de un tesoro. Maipú uno.

El edificio vidriado no dista mucho de todos los demás edificios vidriados que forman un nudo de construcciones modernas, a dos cuadras del Luna Park. Piso 17. Allá arriba, las miradas se pierden y se distraen en una horda de nubes negrísimas que pasan y parecen rozar los edificios. Se supone que Casas, Fabián Casas, espera.

“Chicos, cómo andan. Pasen, siéntense”. Recostado hacia atrás, cómodo, anteojos de marco negro, pañuelo negro con finos ribetes violetas al cuello. El ruido de la calle, diecisiete pisos y un poco más abajo, ni se escucha.

“Y, ¿qué hacemos?”. Pregunta Fabián. Y calla Fabián. Y espera Fabián.

Claro. La respuesta.

“Me encanta. Vamos para adelante” dice seseando un poco, culpa tal vez de esa pequeña cicatriz que le surca parte de su labio superior izquierdo y se balancea apenas sobre la silla. Las manos sobre la cabeza, recostado siempre. Y dice mirá acabo hacer una nota para la Rolling Stone de ese estilo, y dice ese estilo, esa manera es la que me gusta y dice la otra vez con los chicos *de Elmató* fuimos ahí a pizzería Bacci allá en La Plata y nos comimos unas de muzarella con espinaca arriba que estaban buenísimas y dice La Plata me encanta, si pudiera comprar allá me iría, y dice el otro día me lo crucé a Skay y le dije loco vos

tenés el don de la invisibilidad y dice me llamó Rotman el otro día y dice el seis de octubre vienen los Pixies y los voy a ir a ver y dice, también dice, dentro de unos días voy a ser papá.

Voy a ser papá, dice. Guadalupe, su mujer, dentro de poco va a ser mamá. Guadalupe, la misma a la que le dedicó su libro de relatos *Los Lemmings: Todo para Guadalupe*.

## Pablo

Llueve.

De porfiada manera hace más de dos horas que en Buenos Aires no para de llover, lo que le da al barrio del Abasto cierto encanto. Llueve tanto que hasta los bondis de la línea 26 parecen sufrir. Llueve tanto en este barrio que tiene sus calles empedradas hastiadas de agua contra los cordones. Llueve tanto en el barrio del Abasto; un lugar en el mundo que en sus años mozos olió a tango y por estos días desde sus balcones de pensión se curiosean cierto mestizaje sudaca; argentinos, bolivianos y peruanos habitan las casas chorizos, en un ensayo de Torre de Babel urbana y latina. Llueve tanto en el Abasto, que parece estar suspendido en el tiempo por la llovizna. Una burbuja imposible de reventar. Al menos por ahora.

Pablo Marchetti es, de todos los integrantes de *Conjunto Falopa*, el último en llegar al *Club Atlético Fernández Fierro*. Calle empedrada, Bustamante al 700. Llega en su auto, tarda en estacionar. Lo hace zigzagueando, como si jugara con el auto. Por sobre la cabecera de los asientos de atrás se alcanza a ver una butaca de bebé. “Cómo andan” dice y saluda con un beso. Jean, zapatillas, remera negra de *Flema* con una esquelética mano en señal de *Fuck you* en el pecho. Bolso al hombro, revista *THC* en mano, toca timbre y espera.

-¿Quién es?- pregunta una voz del otro lado.

-Pablo, de Falopa- dice. Su voz suena gruesa, inflada.

Sólo eso dice. “Pablo, de Falopa” y cuando abren la puerta de cortina metálica se agacha y pierde su grandota humanidad tras ella.

“¿Y?”, pregunta Pablo. Primerea el asunto en tono desafiante y subraya la interrogación con un leve gesto apuntando el mentón hacia delante. Mientras los músicos de *Conjunto Falopa* prueban sonido y siguen las instrucciones de Federico Marquestó, Pablo escucha atento y asiente, callado, con la cabeza.

## Gabo

Sábado. Algunos pocos rayos de sol alcanzan a colarse todavía entre los árboles y entibian el pequeño local de *OuiOui Records* -sello independiente de música que edita, entre otros a la *Pequeña Orquesta Reincidentes*, *Mimí Maura*, *Los Natas*, *Rodrigo Guerra*, *Loja*- en el barrio de Palermo, en Capital Federal. Una de las paredes laterales tiene una batea desde el techo hasta el piso donde se exhiben los discos que se venden, hoy, a mitad de precio. Algunos cuadros adornan la pared enfrentada y contra el rincón del fondo un escritorio, una computadora prendida y un par de cuadros más. Cerca de la puerta se apilan un par de cajas.

Una música oscura, densa, se escucha de fondo.

Gabo Ferro -borcegos oscuros, pantalón azul violáceo y remera negra- va y viene, entra y sale del local a paso lento. Cada vez que se acerca a la vereda, Celia Coido, su manager -termo en mano, largo pelo negro sobre los hombros y sonrisa en la cara- le alcanza un mate amargo. Dentro del local, Gabo conversa. Primero con un chico de no más de diez años, después con dos mujeres españolas. Firma un disco o algún ejemplar de sus dos libros. O las dos cosas. Primero un disco. Después un libro. Conversa Gabo.

“Cuenten conmigo, sí... claro... Hay unos pibes de Canal Encuentro que andan haciendo algo parecido...” dice Gabo sin dejar de tocar, como si le sacara punta, su encanecida barba. Cuando habla mira fijo, sin imposiciones, como asintiendo con los ojos, de la misma manera que hace dos minutos miraba al objetivo de una cámara, entre dos seguidores que le pidieron, por favor, una

foto. “Sí claro” dijo. Y posó. Y los despidió con un abrazo.

“La semana que viene ando por La Plata, así que nos podemos ver. Coordinamos y nos encontramos antes de la prueba de sonido y charlamos un rato” invita Gabo desde la vereda mientras Celia ceba otro mate y un perro, al otro lado de la calle, mea largo contra un árbol.



***“Poeta, tienes razón. Vamos”.***

**Rafael Barret**

## Desde los recovecos de los lugares imposibles

El frente del edificio tiene todos los colores: unas caricaturas de Liniers asaltan la fachada entera. Los postigos están abiertos de par en par. Las bicicletas amontonadas contra la pared, cerca de las dos puertas de entrada, forman un ovillo de fierros coloridos, rayos oxidados y círculos de caucho. Sobre un sillón viejo, de cuero gris, hay dos chicos sentados que ríen fuerte y cuando lo hacen zapatean contra las baldosas.

*FM La Tribu* está ubicada en el barrio de Almagro, Lambaré al 700. Una casa chorizo que de a poco se fue acomodando, reciclando, acondicionando. Manifestación pura del laburo colectivo. Una construcción que parece infinita, imperecedera. Tras pasar una de las puertas primero y una pesada cortina transparente después, el universo de *La Tribu* se abre, se te despliega, te abraza. Una barra de buffet a la izquierda, un pequeño hall con mesas y sillas, -muchas de ellas ocupadas- varios stands de música, publicaciones independientes, proyectos alternativos y más. Al fondo se alcanzan a ver un par de escaleras y un pequeño patio lleno de plantas que salen y cuelgan de lugares imposibles. Una música con mucha percusión suena de fondo y algunos se animan a seguir el paso. Otros, los menos, no pueden seguirlo. Es que de eso se trata, un poco. Aunque por el momento no se pueda hay que moverse igual. Si no, miren el edificio y la radio de *La Tribu*.

La Fábrica de Fallas -que en esta ocasión se presenta como *El 3er. Festival de Cultura Libre y Copyleft-* es un encuentro, un llamado, una invitación a encontrarse, a juntarse, a amontonarse para discutir, intercambiar, cuestionar y defender -o no- diferentes

tipos y modos de circulación de las experiencias artísticas y no tanto: música, cine, radio, libros, pintura, fotografía, comercio justo, web, tierra, semillas, conversaciones software. Diferentes modos de “habitar el mundo”, dijo Gastón Montells, uno de los fundadores de la radio.

-Disculpá... ¿la charla de Gabo?-, pregunta la chica bonita, apenas moviendo los labios. De atrás de la barra, un chico le contesta, sonriendo:

-Es por la otra puerta, arriba...

-Muchas gracias-, dice ella y se va sin darse cuenta de nada.

O dándose cuenta de todo. El chico no dice nada pero se queda mirándole el culo mientras se aleja. Después codea a un compañero y entre dientes le dice algo, y el compañero no le dice nada ni lo mira y mucho menos le devuelve el codeo.

Apenas atravesada la otra puerta, una escalinata sorprende e interrumpe el paso. La escalera termina en un pequeño descanso y allí se abren un par de habitaciones más. El salón más grande tiene, como todo el resto del edificio, techos altos, paredes de colores varios y pisos de madera. Éste por lo menos, ilustrado no hace mucho. Cerca del balcón que da a la calle hay una mesa larga, un micrófono y una computadora. Por la ventana que da al fondo del edificio se ve el recoveco de los lugares imposibles donde crecen las plantas. Las pocas sillas -pupitres como los que hay en las universidades- están puestas en forma de U, dejando un gran vacío en el medio.

Un bullicio constante se cuele desde la escalinata y llega hasta el salón. El sol golpea contra la copa de los árboles y proyecta sombras que llegan hasta dentro de la sala. De manera silenciosa, calmada, el lugar empieza a llenarse de gente.

*El amor inalámbrico: el amor libre, las maneras de amarnos*

*y sus consecuencias. Conversación colectiva para una nueva educación sentimental.* Así anuncia desde los carteles y los volantes *FM La Tribu*, en el marco del *3er. Festival de Cultura libre y copyleft*, la charla que dentro de un par minutos va a comenzar.

Gabo es el primero en aparecer. Mochila al hombro, su bíceps derecho entintado al descubierto, remera manga corta gris con una inscripción bien grande en rojo que le cruza el pecho: *Verbo entender*. Tímido avanza y se acomoda contra un extremo de la mesa. A su lado el compilador anarquista Osvaldo Baigorria, seguido de la artista plástica Paola Rafetta y por último, en el extremo opuesto de Gabo, Gastón Montells, quien hace las veces de moderador de la charla.

Minutos después ya no quedan sillas vacías, muchos se acomodan en el piso, que se transforma en el mejor lugar para estar, y otros varios asoman desde las dos puertas estirando un poco el cuello. La mirada del Che Guevara, desde un cuadro colorido y pintado a mano, observa todo a un costado de la ventana y por sobre las cabezas de Gabo, de Osvaldo y de Paola.

“Qué bueno que se diga que el capitalismo no ama... Porque el capitalismo está convencido de que ama. Porque el capital ha generado diferentes lugares para que dentro de las cuestiones del amor también circulen bienes de capital”. Gabo es el primero en hablar y después de sonreír apenas y llevarse el micrófono cerca de la boca, elige eso, antes de todo lo que tenga para decir y antes de que sus compañeros digan algo. Mientras, un par de manos apuran el rec de los grabadores y unas cuantas lapiceras echan a rodar sobre papeles blancos y no tanto. “Yo creo que el último gran invento de esto es justamente lo gay. Es también un posicionamiento de clase. Está el viejo chiste que siempre cuento, que como todo chiste está an-

clado en el inconsciente de su época: que viene el nene y le dice al papá: Papá soy gay. Y el padre le dice: ¿tenés cuenta en el banco? No. ¿Tenés un Mercedes? No. Entonces sos puto nene. Esto es claro. Gay es urbano, gay es centro, no es periférico, no en términos marxistas”.

Gabo habla sereno, calmo. Calla, apenas uno o dos segundos en silencio, revisa el lugar con la mirada, busca algo, busca los ojos, busca la mirada. “En definitiva la primera gran pregunta que me surgía es ¿Qué es el amor? A esta altura, hay que desagregar para enterarse de qué son las cosas. Yo creo que ahí está el secreto para empezar a pensar. Primero me siento más tranquilo cuando no tengo nada claro. Porque justamente si el amor es algo, es eso: una especie de caminata en lo turbio, a ciegas, medio rengó, sin piso, sin centro, sin horizonte. Entonces mi incoherencia está justificada. Para buscar la definición de qué es el amor, habría que desagregarle todo lo cultural que tiene el amor...”, dice Gabo y se detiene y en tono amenazante pero bromeando también, lo interpela a Gastón: “Qué sos psicoanalista vos que tomás tanta nota...” y todos, o muchos, ríen; incluido Gastón, e incluso Gabo que ríe y no aleja el micrófono de su boca y su risa se escucha por sobre las demás a través de los parlantes.

La charla se extiende de la misma manera a los demás invitados. Habla Osvaldo y habla Paola. Hablan los tres y por momentos habla el público también. De golpe, desde la puerta donde asoman todas las cabezas, una de rulos bien morochos se cuela entre todas las demás y casi a los gritos y en tono gracioso, pregunta: “Perdón que interrumpa pero alguien de ustedes anda en bicicleta y la tiene atada a las rejas de un comercio... el comerciante está muy enojado. No sé si es de alguno o alguna, por favor, gracias...”.

### **Pobres somos. Ante tanto dolor, sólo tenemos ciencia**

“A lo que se refiere Rodrigo es a una canción que es una historia real”, dice Gabo y lo adivina entre el público y lo señala apenas con un corto movimiento de cabeza.

Rodrigo está sentado en el piso, casi en el medio del salón y tiene apoyado el mentón sobre su rodilla. Zapatillas, jean, musculosa. Una marcada cresta le adorna la cabeza. Y mientras Gabo habla, Rodrigo asiente con la cabeza. Y sonrío. “La canción cuenta un poco la historia de alguien que es HIV positivo y fue bombardeado por pastillas y cosas y no había manera de recomponerse. Y de repente se enamora y se negativiza la enfermedad y los médicos, en vez de preguntarse e investigar si tuvo algo que ver con este nuevo status de salud enfermedad su estado de enamoramiento, los médicos se quedaron con eso. “Somos tan pobres, que tenemos ciencia ante tanto dolor”, la canción dice eso. Y que tiene que ver un poco con esto. Esto desde el plano profesional de desconsiderar que el plano afectivo puede operar donde la ciencia no llega. Pero aquí el capitalismo también metió el dedo”.

Los turnos para hacerse del micrófono y hablar son aleatorios. Y cuando Gabo habla, parece hacerlo como un sabio anciano de una vieja tribu. O de *La Tribu*. Mira directamente a los ojos, invita a Osvaldo, a Paola y a Gastón con la mirada, atenúa o disminuye el tono de voz, remarca algunas palabras, apura, amontona otras, calla, espera, arranca de nuevo. Sonríe, ríe, se pone serio. Provoca. Por momentos su voz parece tener el pulso de un río bravo. Por otros, es como si llevara encima el sosiego mortecino de un mar calmo.

A Paola le convidan un vaso con agua. Niega con la cabeza y se lleva el pico de una botella de 300 cm<sup>3</sup> a la boca.

## **Estar para recibirlo y estar presto para devolverlo**

“Yo me muevo paradójicamente en dos lugares; uno que tiene mucho que ver con el amor, y otro que no tiene nada que ver con el amor. No es difícil adivinar que uno es la academia, donde hay un serrucho en cada mochila y se sacan un ojo para poder pertenecer a ciertos lugares, aunque habrá excepciones pero no las conozco. La mentira, la tanta cosa en la academia está girando. Y paradójicamente, en la colectora industrial que es el ambiente de la música en el cual me muevo, el amor y la pasión tiene todo que ver... todo tiene que ver. Y cuando alguien se baja mis discos, se lo compra una vez, dos veces, tres veces. Lo regala, lo comparte, lo sube al blog, lo tira. Puedo citar casi infinitos gestos, anónimos, que a mí me ubican en un lugar de devolución y que se debe. Y yo creo que si hay algo que el amor genera, es al menos en mí, estar para recibirlo, y estar presto para devolverlo”.

Gabo se detiene unos segundos, sorbe poco de su vaso y dice “a mí no me jode nada que se bajen mis discos”. Y enfatiza la palabra nada con un gesto, como si con un martillo invisible golpeara una única vez un clavo en una madera.

“A mí no me jode nada que se bajen mi disco. Porque sería bastante estúpido que yo, que me manejo en cierto circuito y que tengo un distribuidor independiente de regular a malo, y a alguien que no le llega mi disco, que está en alguna provincia argentina, no me haga a mí la alegría de poder escucharlo porque el disco no le llegue. Por más que nosotros estemos ocupados en que el disco llegue lo más barato posible, porque un disco que dejás a diez pesos, en la vidriería está a cincuenta. No le subas cuarenta pesos porque te rompo la vidriera... El caso Zival's. Entonces... es neurótico, pero es real manejarse en esos dos campos. Pero igual, yo del campo de la academia estoy ido, porque me transformé en una especie de escritor independiente que usa la cajita

de herramientas que se llevó de la academia y escribe cuando se le da la gana y hay algún problema que lo motiva... Y es pasión, porque por ejemplo, cuando voy y me encierro en la Biblioteca Nacional, lo disfruto como la puta madre que me parió... Y probablemente haya muchas cosas del amor que no estén bien, pero lo conforman y no se puede en algunos momentos elegir qué se toma y qué no se toma de ciertas cosas. A veces, tomando algo vienen por añadidura cosas que no están tan buenas. Y que va a hacer... así vino”.



## La Ópera irreverente que se baila cambiando

El teatro *ND/Ateneo* siempre parece ser el mismo, nunca cambia su blancura. Sea recital de rock, obra de teatro o una Ópera de cumbia, el tipo se mantiene fijo. Da ganas de ponerse un pulóver. Salvo que ahora, en el escenario, hay de fondo una enorme pantalla rectangular, a la izquierda unas pequeñas gradas (cuatro escalones) y a la derecha algunos detalles de la escenografía de *Mueva la Patria*, la ópera cumbia argentina.

Todo sigue una lógica de cartón colorido para los utensilios de los protagonistas. La escenografía parece estar hecha con cartón y goma eva. Cuando la primer canción empieza a sonar - en el teatro son puntuales- todavía hay jóvenes que permanecen en la sala que hay antes de cruzar las brillantes cortinas y ver, desde el fondo, la contaminación visual que el equipo de producción preparó para que la cumbia no sufra en el *ND/Ateneo*.

Hay una chica de no más de treinta años que entra a oscuras y no encuentra su asiento. Se manda en la séptima fila y va mirando la cara de los que serán integrantes de su línea. La chica se sonríe pero está de espalda al escenario, mira cómo se ríe un pibe con gorra y ella larga la carcajada. Finalmente llega a un asiento libre y mientras mira a un coro extraño se saca sus botitas Nike.

Marchetti es uno de los autores de la obra, junto a Javier Aguirre, Eduardo Blanco y Fernando Sánchez, todos de *Revista Barcelona*. La dirección general es de Valeria Ambrosio y luego le siguen muchos, entre equipo actoral y técnico. El puño y la letra de Pablo se evidencian más que nada en las canciones que nacen en el fondo de la historia, una visión insolente, donde el individuo no se atreve a ser políticamente incorrecto. Él lo hace sin molestias, se ríe como siempre, mientras se mancha la mano con la tinta azul de su birome vieja.

La historia tardía, como ellos le dicen, del Bicentenario oscuro de la Argentina sigue la lógica y el enfoque del *Grupo Barcelona*: ironía, reflexión, y mucha *información que no ha sido debidamente chequeada*. A veces hacen hincapié en la relevancia de ciertos presidentes de la historia nacional y por momentos destacan hechos históricos que para ellos son trascendentales como la muerte de Gardel.

“Están claramente las divisiones y las autorías en la obra. Me gusta mucho Gardel. ¿Cómo ponés la década infame? Quedaba perfecto para la descripción. En *Mueva la Patria* pasa todo muy rápido. Cortamos casi todo. Se dio así, sacamos eso y listo, no había mucha perspectiva. Sino pasaba a ser una cuestión de actualidad y para eso ya está Nito Artaza. Nosotros estamos para contar el pasado, somos como Felipe Pigna”, cuenta Marchetti.

Pero tanto Marchetti, como Casas y Ferro cumplen papeles que van acorde a una visión de época. Todos giran alrededor de los cuarenta años y han convivido con los mismos hechos históricos, por supuesto desde distintas perspectivas. Marchetti hace hincapié en el pasado pero rescata a Gardel para la década infame, la cumbia como elemento simbólico de los tiempos neoliberales y Menemistas -*Pizza y champagne*- y además se ríe de Pigna. Lo nombra, un historiador mediático, emprendedor, un monstruo en las bateas de cualquier librería. Y todo esto no es casual, hay una línea histórica por la cual los proyectos de este agitador toman un rumbo determinado.

Al igual que Casas y Ferro: reflexión profunda sobre el pasado, pero gran arraigo y análisis propio de nuevas generaciones de comunicadores a través del arte. Problemáticas de los noventa -Gabo a través de su banda de hardcore *Porco*, y Fabián como uno de los referentes de la nueva poesía de los noventa-. Marchetti no hace chistes con Osvaldo Bayer o Norberto Galasso -también historiadores-, se ríe del revisionismo de Pigna, o al menos la Ópera cumbia se baila en esa sintonía.

*Mueva la patria es un musical*, con lo cual toda la historia está

narrada en base a canciones de cumbia. Principalmente hay versiones de la marcha peronista y el himno nacional. En cada canción hay arreglos musicales que son los grandes aportes para que la cumbia no se vuelva pesada durante todo el trayecto. Por ejemplo: hay coros en la base del cántico peronista que reflejan una faceta pop (Madonna o Cristina Aguilera) por parte de *Romina de caballito* y otros momentos, de la mano del *Negro cabeza* -pareja protagonista de la obra-, que demuestran la cumbia más melosa de la actualidad del género.

Cuando las canciones aceleran el ritmo, las primeras veinte filas incitan para acompañar con las palmas y varias veces contagian a todo el teatro. Hay dos parejas al fondo del lugar que quieren pararse a bailar pero uno de los que cuidan la entrada -de los sin entrada- les hace señas que dicen que *acá no se puede bailar* y de hecho esa misma vibración parece decir que acá ni siquiera tendría que haber cumbia de fondo.

En la obra hay varios personajes y muchos prototipos: un coro de garcas constituido por un militar, un obispo aleccionador, un estanciero y una mujer empresaria, construida desde la imagen de Ernestina Herrera de Noble (dueña del *Grupo Clarín*) como un guiño de actualidad. Antes no existía la presión política y económica de un medio como *Clarín* que pudiera protagonizar un coro de garcas con sólo cuatro personajes simbólicos representando a las clases dominantes de Argentina. Esta imagen tan presente de la empresaria mediática está fuertemente vinculada a la creación de *Grupo Barcelona*, su máxima crítica, quizás su musa inspiradora, *Una solución europea a los problemas de los argentinos*. “Yo criticaba a Clarín antes de que Néstor asumiera”, se defiende Marchetti.

Cuando transcurren las distintas épocas, los personajes que rotan son los que bailan en el centro de la escena con los trajes que siguen esa esencia de cotillón colorido. La obra supera los treinta minutos y sus protagonistas empiezan a transpirar y sus movimientos no son tan enérgicos. Un chico, acompañado por

sus padres, come papitas fritas y se distrae mirando la bandeja superior del teatro a medio llenar; vuelve su atención al escenario cuando una vez más suena la marcha peronista de fondo y su madre se entusiasma.

Son muchos los trabajos que se han hecho sobre el Bicentenario del país, empezando por la gran presentación del grupo *Fuerza Bruta* y sus carrozas surrealistas. *Grupo Barcelona* ha editado *El libro negro del Bicentenario* y ha reestrenado esta obra musical para hacer el aporte que siempre ofrecen desde su perspectiva.

El mensaje final de la historia entre *Romina de Caballito* y el *Negro Cabeza* es que la muchacha se casa con el estanciero, mientras se encuentra a escondidas con el *Negro Cabeza*. Un fiel reflejo de la hipocresía de la clase media burguesa porteña. Mensaje que insistentemente refleja el *Grupo Barcelona* en todas sus producciones. Beso carnoso y a escondidas entre los dos protagonistas que marcan las braguetas de varios panzudos de las primeras filas. Aplausos, algunos alaridos y todo el elenco a saludar como en un musical. Van y vienen, quiebran sus cinturas, y salen de nuevo a saludar. Se cierra brusco el telón y las luces blancas echan a la plebe que decidió ir a ver una historia argentina más cercana, propia.

“Había una peluquería donde te hacían cortes del Che y el bigote montonero. Pero quedó para un proyecto nuevo, que lo digo, pero no puede salir publicado. Por lo menos por ahora”, tira Marchetti y explica un poco más ese proyecto.

Cuando el viento hace desaparecer la bruma de la cumbia, en la esquina del *ND/Ateneo* hay una pareja que viene de hacer los mandados. Los sigue una mascota, un perro caniche blanco, que por su estatura es cachorro. El caniche parece ser una nueva mezcla genética de raza ya que tiene un hocico distinto al caniche tipo que suele estar alzado en los brazos de su dueña. Cuando la pareja llega a la esquina llaman al perro por su nombre: “Negro, vení que tenemos que cruzar la calle”. Y luego la cruzan.

## Un blues en la ESMA

Siluetas estampadas, sin caras, sin huellas, están pegadas en las rejas que bordean la Avenida Libertador. En la ex ESMA, uno de los espacios recuperados por los organismos de derechos humanos se llama *ECUNHI* (Espacio cultural nuestros hijos). Las Madres de Plaza de Mayo abrieron las puertas del silencio y metieron la cultura y sus colores.

Al pasar el portón de rejas negras que sirve de entrada, dos chicos que ocupan la cabina de seguridad orientan para llegar a la puerta exacta. Son dos cuadras al fondo con un camino de asfalto y dos filas de árboles que lo siguen hasta el final. En ambos costados hay canteros con tierra y pasto recién brotado. En la mitad del trayecto, a la derecha, se abre una nueva calle por la que se puede seguir hacia otro lado; justo en esa unión hay una construcción circular, como si fuera un observatorio. Sobre la superficie de este objeto, casi en la punta, se abre la mitad del techo y se forma un balcón. Desde ese rincón se apoyan varias estatuas que muestran a las Madres de Plaza de Mayo en plena lucha. Cuando el viento sopla en esa vertiente, la pieza que simboliza a Hebe de Bonafini parece fruncir el ceño y lanzar una proclama.

Cuando se llega a la entrada del espacio cultural hay un gran ventanal con marcos de madera. Es muy alto, serán acaso cinco metros hasta que empieza la medianera. Sigue habiendo gente que te guía al lugar indicado, pero antes de entrar al Auditorio, hay un museo (como hall de entrada) donde se exhiben periódicamente distintas muestras de arte.

Dentro del Auditorio se realiza el *Pueden venir cuantos quieran*, un evento de literatura y rock nacional, organizado por Rodolfo García, ex músico de *Almendra*. Es la primera fecha del segundo año del ciclo que en esta ocasión trae a músicos invita-

dos como Emilio del Güercio (ex *Almendra* y *Aquelarre*) y Javier Martínez (ex *Manal*) y a poetas como Fabián Casas y Horacio Fiebelkorn. A su vez pasan un documental -noventoso- sobre los treinta años del rock nacional y extractos de la película *Ocio*, de Alejandro Lingentti y Juan Villegas, inspirada en el libro homónimo de Fabián Casas.

Casas anda con un bolso azul que lleva ajustado y cruzado en su espalda y el pañuelo negro con finos ribetes violetas. Le habla al oído a su amigo Lingentti: “Es mi contactor con el mundo del rock”, dice y luego cuenta que dieron varias vueltas para encontrar la puerta de *ECUNHI*.

Cuando sube al escenario se sienta sobre el borde y saca su reciente publicación, *Horla City* (*Emecé*), en la cual se encuentran todos sus poemas publicados hasta el momento en otros libros más pequeños. También gira por distintos puntos de venta alternativos (*FLIA -Feria del Libro Independiente y Autogestionada-* y sucursal de la Cooperativa Eloísa cartonera) la versión en cartón de esta antología titulada *Boedo*. En la primera tiene una ilustración de Gastón Olmos, baterista de *107 Faunos*, una banda de rock independiente de La Plata y en la segunda, las ilustraciones quedan a cargo de Baltazar, ocho años, hijo de Washington Cucurto (periodista, escritor y uno de los fundadores de *Eloísa Cartonera*).

Casas dobla la tapa blanca y lee *Sin llaves y a oscuras*, originalmente publicado en el libro *El salmón* (*Mansalva*). “Uff” hace un gordo con bigotes cuando desaparece la última palabra del poema.

El escritor no tiene señalizado su *Horla City* y entonces parece que los poemas salen al azar: *Oda*, *Bruno* y finalmente *El moscardón*, “un bicho punk”, según el autor.

Luego de la lectura reflexiona sobre el papel del rock nacional en su vida. Dice que estudió a los románticos a los cuales Javier

Martínez se les adelantó con sus letras en *Manal* -chiste y no tanto-, una de las bandas fundadoras del rock nacional. Casas mira hacia el techo y frasea: “Vía muerta, calle con asfalto, siempre destrozado / tren de carga, el humo y el hollín están por todos lados... sur y aceite, barriles en el barro, galpón abandonado... y la grúa, su lágrima de carga, inclina sobre el Dock”, va mezclando *Avellaneda Blues*, aquel quinto track del disco homónimo de *Manal* del año 1970 y deja que los presentes saquen sus propias conclusiones.

Mientras tanto, desde la quinta fila, a Javier Martínez que está atento y se le escapa una mueca parece volverle el color negro a su melena y sueña con encontrar aquella camisa que perdió en alguna madrugada de Avellaneda. También sabe que ese disco salió editado por *Mandioca (la madre de los chicos)*, un sello dirigido por Jorge Álvarez (un agitador cultural que se encargaba de distribuir literatura política) dedicado a apoyar la música nacional. Primer sello discográfico que peló el pecho ante los monstruos comerciales.

Jorge Álvarez junto a Rafael López Sánchez y Javier Arroyuelo generaron la posibilidad de que *Manal*, *Moris*, *Miguel Abuelo* y *Vox Dei* grabaran su música en libertad y sin presiones externas. Gracias a ellos, y a su sello, *Tanguito* quedó inmortalizado en su música, trabajo que finalmente salió editado por otro sello. Además, en esa época, el editor Álvarez hacía un esfuerzo zarpado y jugado sacando colecciones de narradores argentinos; tipos como Manuel Puig, Germán García y Ricardo Piglia.

Antes de los hechos consagrados, Jorge Álvarez tenía una compañera en la editorial; ojos negros, rulos oscuros y escritura poderosa. Se presentaba como “Pirí Lugones: nieta del poeta, hija del torturador”, periodista, escritora, traductora y militante de las Fuerzas Armadas Peronistas, primero, y luego de Montoneros. Ella fue quien llevó a una fiesta a Jorge y le presentó a Javier Martínez, Claudio Gabis y Tanguito. Aquella noche, el agitador

Álvarez escuchó por primera vez *Avellaneda Blues*. Pirí Lugones fue secuestrada en diciembre de 1977 y torturada por el elemento que su padre creó: la picana eléctrica. La fecha de su asesinato se estima que fue el 17 de febrero de 1978.

Respecto a la dictadura, y en relación a lo que dice del rock, Casas también cuenta su relación con su tío prohibido que militaba en la *JP* y armaba bombas en su casa. “La pieza de mi tío era todo un tesoro para mí”, sus discos, sus libros.

El salón Auditorio de *ECUNHI* es un tinglado enorme, hay un escenario, 200 sillas acomodadas en veinte filas que apenas logran captar un tercio del espacio. La voz de Fabián se va metiendo entre los tirantes del techo y allí se queda. Se apodera del silencio que perturba a tipos que *ya no duermen por las noches*.

El ciclo sigue con los fragmentos de *Ocio*, la película, y luego se arma una mesa sobre el escenario para que Rodolfo García, Emilio Del Güercio y Javier Martínez brinden una conferencia y acepten preguntas del público. “Me lo pongo porque me molestan los reflectores”, dice Javier y un gorro de aviador verde se adueña de su coco pelado.

Mientras Javier Martínez protesta por la actualidad del rock, Casas se ríe con Lingentti y dicen que es un grosso. “Se saca, pero es grosso”, repiten. Luego, a la distancia, reflexiona sobre ese libro con tapas blancas que no le entra del todo en su bolso: “*Horla City* es un libro último, hay muchas cosas que andaban por ahí perdidas. Como esa araña que viene, y luego hay otra, es algo que yo nunca pensé que podía ser poema, lo había anotado nada más. Y cuando fui a Alemania y vi que la gente lo tenía anotado en las paredes me pareció rarísimo. Porque cuando lo anoto es como una curiosidad, uno quizás no sabe si eso que tanto significa para uno va a significar tanto para otro. Hay otras cosas que son más poéticas pero esas como la araña nacen de la curiosidad”.

Y cuando se retira del *ECUNHI*, por esa puerta vidriada, mira a un chico despeinado que sale silbando *Avellaneda blues*.



*"Voy a morir de viejo/no voy a estar zarpado, ¡no!  
no tengo nada que ver con tu idea del rock".*

**Pez**

## El último punk (desnudo)

La gente de la fila avanza tranquila a través del hall blanco hospital y parecen no escuchar lo que grita, inalterable, el hombre gordo de traje desde la puerta de entrada del teatro *ND/Ateneo*:

-Vamos... vayan ingresando rápido que el show comienza puntual.

Son pocas las butacas vacías. En unos minutos Gabo Ferro presentará por primera vez en vivo el disco grabado a dúo junto con el escritor Pablo Ramos, llamado *El hambre y las ganas de comer*.

Dicha producción es un disco libro. O un libro disco. Trece temas alrededor de los cuales giró la música de Ferro y las letras de Ramos, a excepción de *Campito Santo*, track cinco del disco, donde ceden y se alejan un poco de sus roles fijos: allí comparten la letra y Pablo Ramos se encarga de la composición musical. "Tipos raros los escritores" dirá Gabo en algún momento del recital.

Mientras un fotógrafo y una fotógrafa tratan de acomodarse lo mejor que pueden a los pies de una escalera que da a uno de los costados del escenario, tres extranjeros -alemanes, suizos, australianos quizás- bien rubios, blancos casi pálidos, altos, conversan en su idioma. Apenas quince, veinte minutos después del horario anunciado, el telón negro -un muro de sombras concretas- se levanta y se lo descubre a Gabo y a su banda.

Gabo está parado -plantado- en medio del escenario. Remera verde, el mismo pantalón violeta que llevaba puesto el día de la

presentación del disco en el local de *OuiOui Records*, y quizás los mismos borcegos oscuros que calzaba aquella misma tarde. La barba un poco más tupida. Mira fijo hacia delante mientras se acomoda la guitarra eléctrica, negra con finos trazos blancos. Lo acompañan Agustín Durañona en piano, Santiago Compiano, en guitarra, Federico Vázquez Gil a cargo de los sintetizadores, Emiliano Caffarelli, en el bajo y Francisco Moscuza en batería.

A dos metros de Gabo, su guitarra criolla descansa sobre un trípode.

Antes de que los aplausos acaben por fin, Gabo empieza a rasguear y comienzan a escucharse los primeros acordes de *Adiós*, tema que abre el disco. Apenas segundos después la banda arranca con la música y los coros. Hace años -o al menos mucho tiempo- que una guitarra eléctrica no cuelga de su cuerpo, no le cruza el pecho a Gabo. La versión en vivo, a diferencia del disco, tiene distorsión, bien eléctrica, potente. No sólo reversiona los temas de esta última placa, sino casi todo el recital son adaptaciones, pequeñas remakes punks o distorsionadas de las -sus-canciones. “Setentoso, dijo Pablo cuando le pregunté cómo quería que sonara en vivo...”, dice Gabo.

Pablo Ramos es escritor, nacido y criado en el gran Buenos Aires. Cuatro novelas publicadas, un libro de poemas y uno de relatos completan su bibliografía. Los personajes de algunas de sus historias rozan a aquellos que aparecen en, por ejemplo, *El Juguete Rabioso* de Roberto Arlt. Se pajea sus personajes, lloran sus personajes, se cagan a trompadas, roban, mean, cagan sus personajes. Son personajes vivos, desacartonados, desencantados quizás.

Pablo Ramos está entre bambalinas, a unos metros del chico que se encarga de los sintetizadores. Asoma poco de cuando en

cuando con entusiasmo casi infantil y parece uno de los niños sabandijas de alguno de sus libros. Sus ojos, grandes y hundidos en la redondez de su cara, se llegan a ver desde las primeras butacas. Sombrero gris, chomba a rayas, blue jeans y zapatos. Todo casi en un perfecto desalineo. Escritor grunge. Por momentos Gabo gira, lo busca y se dirigen alguna palabra o algún gesto cómplice.

Ahora Gabo queda sentado solo en el escenario. Agarra su criolla y la apoya sobre sus piernas. Amaga con comenzar a tocar, pero el movimiento queda trunco a mitad de camino y sus dos brazos quedan solo apoyados, quietos, en reposo sobre el instrumento, como abrazándolo. “Yo quiero dedicar esta canción... en realidad todo el recital a Mariano Ferreyra”, dice.

Mariano Ferreyra tenía veintitrés años y el 20 de octubre de 2010 estaba acompañando y marchando y reclamando por el despido de trabajadores ferroviarios, cuando lo mataron las patotas sindicales. Pedraza, uno de los culpables. Alguien ubicado en el extremo totalmente opuesto de la sensibilidad en la que se ubicaba Mariano: militante del Partido Obrero, estudiante de historia, pintaba, tocaba el piano. No se sabe si Gabo lo pensó o no, si fue intencional o no. Pero Mariano tuvo, esa noche en el *ND/Ateneo*, un doble homenaje. Por un lado la canción y el recital todo, dedicado. Y por otro, la presencia de un compatriota. Ramos también se crió en Sarandí al igual que Mariano. Ramos también tuvo como música de fondo el rechinar de los trenes que surcan por la mitad a Sarandí, al igual que Mariano. No se sabe, pero quizás alguno de los pibes adolescendo que retrata el escritor en la novela *El origen de la tristeza* sea la propia adolescencia de Mariano.

“Yo quiero dedicar esta canción... en realidad todo el recital a Mariano Ferreyra” dice y los casi trecientos espectadores que

lo tienen enfrente callan. El músico mantiene su mirada anclada en el piso, en la punta de sus zapatos quietos. El lugar es una guerrilla de silencios. Un manto estacionado, callado que nadie se anima a romper, a atravesar. “Tan pobres somos que sólo hay ciencia ante tanto dolor” canta Gabo en uno de los pasajes de la canción y por momentos, cuando entona, lleva lentamente su cuerpo atrás, levantando unos centímetros las patas delanteras de la silla sobre la que está sentado. Cuando termina la canción, y después de una postal sigilosa de Gabo sobre el escenario, la banda rodea nuevamente al barbudo cantor para seguir con el recital.

Pablo Ramos aparece por primera vez frente al público y también lo aplauden. Camina lento y demasiado pachorra, lo que hace parecer que cojea. Se abraza con Gabo, ríen los dos. Lleva encima cierta gracia de actor cómico, pero parece no darse cuenta de su desparpajo. Después de ir y venir en el escenario con pasos cortos buscando unas hojas que finalmente aparecen en algún lado, lee un poema suyo y cuenta un par de anécdotas. Gabo lo mira sentado contra la pared, desde un costado, sin dejar de rastrillarse la barba con sus dedos. Si había algo preestablecido o pautado de antemano, alguna directiva un tanto charlada en camarines sobre qué hacer cuando Pablo apareciera, él mismo se encargó de hacerla estallar, de dejarla sin efecto. Pero de todas maneras, Gabo sigue mirándolo desde un costado, riendo, entregado a la antiolempnidad de Ramos. Dedicó la canción *Tal vez sea un desierto* a José Campus y después, mientras Gabo canta el tema *Suelta*, él se encarga de la guitarra.

“Este tema está dedicado a las Abuelas de Plaza de Mayo, que iban a venir hoy pero como están de aniversario, no han podido...” dice Gabo y entre los dos arrancan con *A los que quieran*, mientras Demian De Gennaro acompaña con el bandoneón. “Se busca quien vista el vestido de ella/se busca quien calce perfecto

en la huella/se busca la idea del mundo de él/se busca la fuerza que debes tener” cantan ambos. Ramos desafina. Poco importa. O mejor dicho, importa nada que Ramos desafine.

Un terceto de cuerdas sube para acompañar a toda la banda en el tema *Para caer*, que se convierte hacia el final en un contrapunto infinito entre los tres y cuando termina queda el eco grave del chelo resonando en la sala. “Apurémonos sí, que viene la ópera, la ópera...”, repite Gabo en forma graciosa cambiando el tono de su voz.

Después del último tema y de la reverencia de todos los músicos -los de la banda estable y los invitados- mientras todas las luces del lugar están encendidas ya, Gabo y Pablo quedan solos despidiendo al público. Amagan a irse, no lo hacen, se dicen algo y mientras el telón va bajando, asoman sus cabezas, su cuerpo entero por entre esas largas cortinas negras y cuando éstas van llegando al piso, se arrodillan y acompañan el movimiento dejando al descubierto sus cabezas y sus dientes que aparecen tras sus sonrisas.

Cuando ya el telón está completamente abajo, como último gesto, sólo se ven sus palmas abiertas saludando. Seguramente del otro lado, los dos se estén cagando de risa.



## La merca de Gardel

“Los reyes del happy hour... ¡pero hay que ser pelotudo!”, dice Marchetti que tiene la bocha tatuada, una paleta partida y una chiva que, al parecer, se prepara para una *anarquía en la república*. *Conjunto Falopa* nace en julio de 2008 y en 2011 cae a La Plata por primera vez.

Ahora están tocando en *Ciudad Vieja*, centro neural del *Meridiano V*: un barrio que se ha convertido en un punto cultural -y turístico para la administración- de la ciudad pero que antes tenía sólo sus adoquines y una estación de trenes abandonada. Fermín, uno de los que pateó la puerta de esa estación, saca el candado de la escalera caracol y en el altillo que bordea el techo aparece el reloj que marca el punto más alto del lugar, desechando la hora. Desde allí se observa todo el *Meridiano V*: casas de estilo colonial con sus techos oxidados, varios bares, la terminal de ómnibus de la empresa *Talp*, y ahora el brillo de la pelada de Pablo sobre el ventanal del bar que da a la calle.

*Conjunto Falopa* presenta su primer disco, *Falopa*, mientras que en sus guitarras ya vienen acumulando algunas presentaciones como en *Mu. Punto de encuentro* y en el *Club Atlético Fernández Fierro (CAFF)*.

“La historia comenzó en las reuniones de padres del jardín de infantes. Andrea, mamá de Ramón y pareja de Federico, volvió contando que había visto al papá de Lina, un grandote rapado con una remera que decía “Viva la pintura en caballete”. Federico supuso: “Nos vamos a hacer amigos de ese tipo”. Tanteando gustos mutuos, Andrea le recomendó un día al rapado leer la revista *Barcelona*. Pablo Marchetti -papá de Lina, periodista y poeta- le respondió: “Soy uno de los que la hacen”.

Federico y Pablo siguieron encontrándose y hablando sobre tardes del Conurbano y empezaron a mandarse mails. Ideas,

títulos, líneas perdidas y así fueron surgiendo los contornos y las grietas. Federico fue reclutando a otros faloperos y la banda quedó conformada con Francisco Huici Malagrino, Juan Ignacio Spolidoro y Gustavo Ariel Carretino, sumado al lápiz mordido de Pablo.

Entonces, con la dirección del barbudo Federico, *Conjunto Falopa* salió a la calle con milongas, chacareras y valsecitos; ironía y poesía. “Poesía como elemento de comunicación, y no lo contrario, fiel al catalán Joan Brossa o al chileno Nicanor”, muerde Pablo una naranja y explica sus intenciones.

Se embala y sigue: “La poesía es una publicidad que no quiere vender nada, pero en muchos casos se la despoja de ese impacto y esa síntesis. Seguro que hay miles de ejemplos geniales que me contradicen, pero este otro aspecto es el que me interesa, también en las letras de las canciones”.

Entonces *Conjunto Falopa* toca en *Ciudad Vieja* y a Pablo se lo ve frente a un escenario. Canta, recita, mira a los ojos. Un mundo raro y vertiginoso que Marchetti muestra entre movimientos lentos y grandes gestos. Es bocón y deja ver sus dientes al presentar sus ideas.

El motivo es la presentación de su primer disco, pero Pablo parece no darle atención a los motivos, entonces empieza a entonar canciones nuevas. Que no tienen grabadas, que ya escribió, que ya las quiere cantar. Entonces cuenta que ahora llega “Un tributo a los tributos del tributo tributario de Sabina denominado Joaquín”, un *filósofo de la televisión* que tendría que explicar las causas del cartonero facho, un *Mal menor* y ese gran *Cartel* de la adolescencia perdida, agitando con *Flema* y “aguante el rock and roll”.

Cuando va finalizando el show al toque se levanta el esqueleto de Gardel (en la canción *Carlitos Zombie*) que deja las bandejas por un rato y dice: “Hay mucha gente que miente sin resquemor. Cada día canta mejor, cualquiera, no lo soporto”, y Marchetti afirmó (¿afirmó?) que se había puesto “a cantar, bo-

ludo”; entonces un tipo de pelo fino, que grita desde una mesa oscura, dice arrancar al cementerio “que está a un par de cuerdas” y a revolver entre las tumbas para que Pappo le cante por última vez que “Llegará la paz”. Marchetti lo mira, se ríe y le agita un brazo. Luego se apagan las luces del escenario y él se cruza un bolso pequeño, vende algunos discos, saluda y sale a la calle con un diario de rock bajo el brazo.

## Chica ruterera

El escenario de *Niceto* es alto, un metro y medio se despega del piso real. Tiene luces de última generación, colores indescifrables y una pantalla de fondo. *Niceto* es raro, la mayoría de las fechas tocan bandas de rock pero a la salida hay una cola de dos cuerdas de gente que quiere entrar a bailar. Eso siempre es a la madrugada. Sí, *Niceto* hace doble turno, ese nuevo invento que les sirve a los propietarios para recaudar un poco más. Casas está adentro, al costado del escenario, se le ven los marcos de los anteojos negros y sus grandes ojos, su brillo.

Este sábado toca *El mató a un policía motorizado* con algunos amigos. Es una banda de *Indie* cabeza -etiquetas de la prensa especializada- de La Plata que nuclea en el sello discográfico virtual *Laptra* ([www.laptra.com.ar](http://www.laptra.com.ar)). Un espacio donde las bandas amigas se juntan para potenciar sus ideas y sus discos y así todo es más fácil. Se pueden hacer fiestas, bancarse la moneda para sacar el disco del amigo, opinar entre todos, intercambiar los instrumentos y también los integrantes; y por supuesto sirve para la difusión y la venta de todos sus discos. Entre los grupos del sello están: *Viva elástico*, *Shaman y los hombres en llamas*, *Go neko!*, *Prietto viaja al cosmos con Mariano*, *107 Faunos*, *Los reyes del falsete* y los propios motorizados.

“Me gusta mucho la gente que no se toma muy en serio. No hay diferencia entre el escenario y el suelo. Estás ahí y de golpe están arriba, y la gente puede estar arriba cantado con ellos. Esa cosa de estrella a mí no me gusta, me tira para atrás. A eso lo encuentro en los chicos de La Plata, los de Laptra”, dice Casas que de repente como está abajo se manda arriba. Sí, el escritor no anda recitando, ahora agarra el micrófono del Chango (cantante de EMPM) y proyecta una de las postales minimalistas de la banda. La chica ruterera que esperan que vuelva, y no vuelve, y

ellos esperan y gritan, y no llega y entre ellos repiten más de veinte veces: “Eee... espero que vuelvas, espero que vuelvas, espero que vuelvas. Eh... chica ruterá, chica ruterá, chica ruterá”.

El pogo es gigante abajo. Pocos se dan cuenta de que el que está cantando es Fabián Casas porque en realidad son todos de la misma familia. Ellos, los que están abajo, también podrían ser músicos y quizás no, pero en esta fiesta no interesa. Aunque se suba David Bowie lo tomarían por cómo vienen las canciones, y cantarlas, y bailarlas, así son los chicos de *Laptra*, así es *El mató a un policía motorizado*.

“El hecho de hacer arte, todo el tiempo, era y es nuestro impulso con la música. Lo único que tomo de “indie” es ser independientes, siempre llevamos esa bandera. Todo el mundo tendría que tener su propia banda o su propio proyecto artístico. Para que, de esta manera, su espíritu pueda conectarse con el absoluto. Lo que algunos podrían llamar Dios”, explica Chango que es algo así como un nuevo héroe de la adolescencia rockera. Un pibe de barrio (tripero), sensible, desprolijo y sin ningún rasgo de muñeco de juguetería.

La música de *Elmató* es envolvente, como cuando Casas cita la filosofía de Heidegger: “Donde está el peligro está la salvación”. Sus canciones comienzan con un simple arpeggio de guitarra y algunos ritmos de base y luego todo termina en un tornado de furia, alegría y desesperación. *El mató a un policía motorizado* pasó a la trascendencia nacional e internacional -participando en el festival *Primavera Sound* de Europa- con su trilogía que representó: “El nacimiento, la vida y la muerte (el fin de los tiempos)”. Tres discos que los llevaron a ser banda revelación, luego mejor disco, y finalmente mejor banda, todas encuestas nacionales y anuales de los medios especializados de mayor tirada: *Rolling Stone*, *Inrockuptibles*, *La Mano*, *Página 12* y *Clarín*.

Ahora Casas se arrodilla en el escenario y mira al Chango como implorándole. Parece pedirle la bendición del rock, esa manera de sentir y ejecutar la música que ha fluido desde los espa-

cios más simples de La Plata y el Conurbano. Fabián se retira del escenario, y otra vez, desde el borde, le brillan sus ojos.

Luego de un tiempo el escritor está sentado en un bar y tiene celular. Cuenta: “Fue como estar en mi casa. Dos veces lo hicimos. Estábamos con el Chango ahí y ellos querían que me suba a cantar. En casa siempre hacíamos asados y nos quedábamos hasta las seis de la mañana cantando. Antes de que llegue Ana”, y se calla porque le suena. “Desde que ella llegó tengo que tener esto”, dice y agita el pequeño teléfono, luego pone su voz más dulce y atiende a Guadalupe, la mamá de Ana, su chica ruterá.

# IV

***“No somos periodistas...  
Participamos de la comunicación”.***  
**Escuchado en un spot de la  
radio de San Marcos Sierra.**

## El dedo en el éter

*Radio Barcelona* se escucha por *Radio Nacional AM 870*. Está ubicada en Maipú 555, casi en la esquina. Es un edificio antiguo con una puerta giratoria que te come al principio y luego te escupe dándote un empujón. La mesa de entradas tiene una ventana grande que sale de una esquina, entre pasillo y pasillo, tomando una forma circular; allí hay dos guardias chupando mates que te preguntan qué viniste a hacer.

El edificio fue construido especialmente para *Radio El Mundo* en 1935, y también alojaría más tarde a Radio Mitre. En la actualidad Radio Nacional lo comparte con *Radiodifusión Argentina al Exterior*. Tiene un Auditorio con capacidad para 500 personas por el que desfilaron las figuras más destacadas de la escena cultural argentina e internacional. Ahora los que desfilan, mostrando el inicio de la raya del culo, son Marchetti y Lucano que están por empezar el programa.

Las paredes de *Radio Nacional* son blancas y duras. Construcción que no entra en la edad que los historiadores mencionan como “Moderna”. Desde agosto del 2009 María Seoane es la Directora Ejecutiva y Vicente Muleiro el Coordinador general de Gerencias. Entendieron que *Radio Nacional* puede asumir una agenda distinta, mejorar el equipamiento y también integrar a *Grupo Barcelona* a la programación; detalle este último que sólo un edificio tan histórico como el de Maipú puede soportar.

El programa que Marchetti co-conduce se emite desde el estudio central y se puede presenciar en vivo. Generalmente, al aire hay tres o cuatro personas sentadas frente a los micrófonos direccionales y un grupo de oyentes en el piso al fondo del estudio.

El espacio radial es amplio, hay programas que lo usan para invitar a músicos con bandas enteras, dispone de un piano de cola casi al fondo que se gana un lugar entre la gente que pre-

sencia el programa. Pegada a la ventanilla de los operadores hay una mesa ovalada que tiene aproximadamente tres metros de largo, arriba están los micrófonos -más de cinco- y computadoras para cada periodista.

Del lado del operador hay una consola grande de 16 canales, dos computadoras y un lugar estrecho para la producción, se forma un pasillo de un metro y medio de ancho y dos de largo. Allí *Barcelona* se puede reír en voz alta, producir y lanzar efectos especiales hacia el aire del programa.

Entre el estudio, los controles y la atención al público se divide toda la gente que trabaja en *Barcelona*. Suelen hacer todos los proyectos en conjunto y la radio no es la excepción; hay cerca de quince personas que pertenecen al grupo: Eduardo Blanco, Ingrid Beck, Javier Aguirre, Daniel Riera, Mariano Lucano, Mariana Pellegrini, Fernando Sánchez, entre otros.

“Ahora está lo de *Radio Nacional*, que me alivió la vida. Con la revista (*Barcelona*) no vivimos ni a palos. La radio es como otra revista, gano 1500 por la revista y 1800 por la Radio. Ya es un compromiso. Más todas las publicaciones que vaya teniendo. En *THC* pagan muy bien y no es con dinero. A la banda ancha no la puedo pagar con el fasso. Al cable ponele que sí porque estoy colgado, entonces (risas) es más fácil ofrecer cogollos. El tema del trueque a mí me fascina”, explica Pablo, siempre irreverente, siempre cordial, siempre errando a la política correcta: anarquista. Unos meses antes para el colectivo de comunicación *lavaca* decía: “anarquía, que no tiene que ver con la destrucción, sino con lo mejor del ideario del ser humano, con la solidaridad”. *Radio Barcelona*, la manera más ridícula de despilfarrar los fondos públicos, dice un separador y luego de otras publicidades sin chequear salen al aire. Pablo siempre de remera, pantalón carpintero y zapatillas de lona, e Ingrid Beck (directora de *Revista Barcelona*) siempre combinada, prolijamente peinada y maquillada. Cuando les da risa alguna sección muestran los dientes sin

largar sonido y generalmente miran para los controles donde están todos con la impunidad del ruido.

Los temas del día son: Editorial, el intento de golpe de estado en Ecuador y las elecciones en la CTA, la peregrinación a Luján (ellos fingen estar lanzando el programa desde esa caminata) y secciones, algunas fijas y otras que varían según la temática de la emisión, con periodistas destacados que por supuesto siguen la línea de *Barcelona*. Que trabajan en *Barcelona*. Que son amigos fuera del trabajo y que siguen el lema que los vio nacer: *no chequear la información*. En *Radio Nacional* adaptan el formato y se toman las cosas con un perfil más profesional, o quizás sigan fieles a su estilo. El spot dice: *Sesenta minutos de información que no ha sido debidamente chequeada...*

*Una producción hecha con dinero estatal que ya no será utilizada en gasa para los hospitales, no paran los spots ni los anunciantes, Radio Barcelona genera el ritmo que el periodismo gráfico no les da. Suma frenetismo y frivolidad a la ironía sagaz a la que apuntan en cada edición.*

*Una solución radial para todos los argentinos, explica el conductor y el espacio se genera inevitablemente. Tanto es así que en 2011, Radio Barcelona saldrá de lunes a viernes de 12:30 a 13 horas. Horario central, radio estatal, año electoral. Pese al crudo análisis que Grupo Barcelona hace sobre la realidad de la sociedad argentina, las autoridades de Radio Nacional resuelven esta nueva medida. Radio rima: la radio que escucha tu vieja, tu tía y tu prima, lo dicen ahora y lo seguirán diciendo cuando la señora prenda la radio al mediodía para enterarse de lo que pasa en su querida, pulcra y adorada Ciudad Autónoma de Buenos Aires.*

*Revista Barcelona es un motor que sólo necesita un poco de combustible. Sus autores muerden sus lápices y luego tipean. “Las reuniones de la revista a veces son como sectas en*

las cuales es muy peligroso meterse”, amenaza Marchetti y tapa el hoyo de la cueva para que no se pueda entrar. Se juntan dos o tres veces por semana y luego resuelven entre todos la tapa, parte esencial, si no la más importante, de su producción bisemanal. Desde la radio, Pablo Marchetti sale con su bolso cruzado, su bocha tatuada y su chiva -un puñado de públicos pelos- y comenta cuáles serán los temas de la próxima edición de la revista.

“La contratapa de Barcelona tiene mucho de poesía. La publicidad también lo tiene, el tema es que lo utilizan de una manera de mierda, utilizan un mecanismo poético pero lo llevan a la mentira cuando lo poético tiene que ver con la verdad más descarada y más revelada”, sigue explicando Marchetti y luego se ríe de la última sección de *Radio Barcelona*: “¿Qué se hizo esta semana por Julio López?”. Está a cargo de Daniel Riera y no lo dejan hablar. Todos se ponen a saludar y a vender las últimas publicidades, mientras que Daniel intenta informar sobre el tema. A Daniel le quedan sólo unos segundos para su sección, pero en realidad no los utiliza ya que en esa semana, como en los últimos cuatro años, no se hizo nada por López.

Julio López fue detenido-desaparecido durante la última dictadura militar, luego liberado y con la reapertura de los juicios a los genocidas fue uno de los testigos cuyo testimonio permitió que Miguel Osvaldo Etchecolatz esté en prisión con la pena de reclusión perpetua y cárcel común. El 18 de septiembre de 2006, a pocas horas de conocerse la sentencia contra Etchecolatz, Julio fue secuestrado nuevamente en el barrio de Los Hornos, en La Plata. Desde el gobierno se montó un circo con una alta recompensa a quien aportara alguna información -llegó a ser hasta de 500 mil pesos- que se difundía por los medios más vistos según las medidoras. Actualmente sigue desaparecido y la causa contiene irregularidades denunciadas constantemente por los Organismos de Derechos Humanos.

El 30 de marzo de 2007 *Revista Barcelona* muestra en su por-

tada a Cristina Fernández de Kirchner desde París, con una foto de Julio en sus manos. En la volanta dice: “La Primera Dama y su compromiso con los derechos humanos”; y en su título se afirma: “Cristina Kirchner: Julio López no está en París”. Y como una constante, el 25 de marzo de 2011 *Revista Barcelona* condecoró a Julio López con la siguiente volanta: “Julio López entra en el hall of fame de la Bonaerense”; el título: “Famosos por un día”; y la bajada: “Cómo fueron las horas más intensas del albañil desaparecido. Porqué el Gobierno de la Provincia sigue las pistas de cualquier infradotado, demente, alcohólico o abogado broncado que dice tener información. En la Bonaerense prometen que en cuanto aparezca López se dedicarán a buscar a Luciano Arruga y a quienes fusilaron a los jóvenes de José León Suárez. ¿La Juliolopezmanía ya fue?”.

“Hasta la próxima edición de Radio Barcelona”, dice Ingrid y cuando el cartel de “Aire” se apaga recorta su pauta con una tijera oxidada.

## Tarea fina

-¿Un escritor que escribe en una revista?

-Sí, la revista se llama El Federal.

-Ah... ni idea, a ver, vengan, quizás Mariana los pueda ayudar-. El guardia trabaja en el edificio. Allí donde se alojan casi todas las marcas del poderoso grupo *Infomedia Producciones S.A*, pero no conoce su revista semanal. Sabe que se hace una revista, pero no registra su nombre.

Mariana es la recepcionista, tiene cara de hija de hacendado y su pelo está tan estirado para atrás que parece plancharle la camisa blanca y el pantalón azul de vestir. Es silenciosa Mariana, ni siquiera se escucha cuando informa sobre la visita, ni cuando marca los números de sus cuatro teléfonos. Mariana no mira a los ojos, frente a su mostrador pasan varias personas y paquetes y ella se mantiene cabizbaja.

“Chichos qué difícil se nos hizo. Me agarraron en un época fatal”, Fabián Casas sale de su lugar de trabajo y luego de apoyar el dedo en un aparato que le identifica las huellas digitales sale al barrio de Colegiales. “Linda zona, pero cada vez sale más caro alquilar”, dice un vecino de la cuadra. El edificio del grupo editorial queda a cinco cuadras de la estación de trenes, una parada más que parece partir al Conurbano. Hay varios barrios que soportan las barreras bajas cada diez minutos porque el diseño de las vías se metió por zonas céntricas.

Cuando Casas empezó a trabajar como periodista lo hizo en *Grupo Clarín*: “Un amigo mío que hacía La segunda sección que a mí me gustaba mucho pasó al Olé y me llamó para que vaya. En Clarín era redactor de ese espacio. Peleaba a Página/12 el público nuevo. Era un suplemento que tenía notas raras, se podía escribir mucho, estaba Matilde Sánchez, Alejandro Caravalló (que fue quien me llevó), me llamaron y me preguntaron si quería

formar parte del proyecto Olé y a mí, sobre todo, me convenía porque me daban más plata. Y con una cosa así no te podés negar, entonces pasé a ser editor en Olé”.

Pero antes, su primera entrevista se la hizo al Indio Solari. Gracias al escritor Enrique Symns, un día cayó al ensayo en Ramos Mejía y se quedaron en la casa de Solari hasta las tres de la mañana. Siempre, durante su trabajo periodístico, alternó grandes empresas y proyectos independientes a los cuales él hacía su aporte, sin ningún tipo de interés económico, por creer que esos proyectos tenían corazón propio. Fue así que participó de la revista *Llegás a Buenos Aires*, un producto cultural donde participaban varios de sus amigos y su mujer (fotógrafa). A veces, sigue haciendo colaboraciones en revistas como *Rolling Stone*, *La Mano* y publicaciones en los blogs de sus amigos. Algunas sirvieron como labor periodística (deportiva), como los titulados *Waiting for the mundial*, posteriormente reunidos y publicados en *Ensayos Bonsai* (Emecé, 2007).

“Usar la matrix cuando se la necesita”, dice Casas cuando aparecen estas dos puntas de sus actividades.

“El periodismo deportivo me parece uno de los ambientes más reaccionarios que existen. Replican mucho esta cosa de los jugadores: el aguante, son muy pusilánimes, muy chupa medias de los jugadores, muy poco críticos, no tienen vuelo, no pueden ni generar un apodo nuevo. Si pasa una vaca volando y no tiene botines no la ven. No tienen lectura, es un desastre el periodismo deportivo. Son muy envidiosos, cuando viene un mundial se matan entre ellos para ver quién va, muy poco solidario. Hay excepciones, como siempre, por suerte”, explica Fabián que por un rato abandonó Colegiales para meterse en un bar donde saluda a todos los que están adentro.

A Casas le ofrecen hacer una nota en vivo con *Dchampions* para *Rolling Stone* y agarra. La revista *La Mano* lo convoca para formar parte del equipo periodístico que va a ir a Parque Leloir a entrevistar al nuevo Indio Solari y Casas acepta su segunda en-



trevista al músico luego de varios años: “Escribí una columna que titulé El almuerzo desnudo” zezea Fabián y deja picando el guiño con Williams Burroughs.

“Todo eso lo hacía antes de que nazca mi hija. Ahora ya no. Le dedico mucho tiempo a ella, voy de Ana al trabajo y del trabajo a Ana”, dice y en el ensayo titulado *La solarística, de Ensayos Bonsai*, cuenta su segunda experiencia con el Indio y cuando lo viene criticando concluye: “Pero todo gran artista (y Solari lo es) construye también algo que lo excede. Ahí están las canciones de la primera época, los dráculas con tacones, el viejo Caryl Chesman que lubrica sus branquias y respira otra vez. Tomemos esta letra y modifiquémosla: [Viejo Carlitos, lubrica tus branquias, respira otra vez]”. A Casas le suena el teléfono por segunda vez. Antes explica “En El Federal soy el director. Escribo poco, más que nada programo las grillas, corrijo las notas. Este trabajo me gusta, puedo estar diez años sin publicar un libro que me voy a poder seguir manteniendo” y cuando se va, la canción ricota se sigue modificando: “Viejo Fabián, lubrica tus branquias, respira otra vez”.

## Los ojos bien grandes

“¿Para qué voy a explicar mis canciones si ustedes, seguramente, tengan mucha más imaginación que yo?”. Gabo está metido en el *Centro Cultural Daniel Omar Favero*: una casa vieja, recuperada, turbia, acogedora y en paz. Queda en 117 y 40, apenas a cuatro cuadras de la estación de trenes de La Plata. Desde el centro, varias líneas de colectivos pasan a dos cuadras *del Favero*, pero bien puede llegarse con medios propios por diagonal 80, metiéndose a contramano unos pocos metros.

Lo curioso del camino es que se ve el “progreso” de la ciudad. Ni bien cruzás la estación de trenes, las construcciones comienzan a mezclarse y hasta existen paradojas sobre los mismos edificios; hay en las bases comercios de construcción colonial y sobre éstos enormes edificios que pisotean el tradicionalismo: modernas construcciones que estampan la visual del límite del barrio Hipódromo con el casco urbano de la ciudad.

Gabo los mira, ojos achinados (“tiene los ojos bien grandes como los míos”, chistea en *Sobre el camino*) y se sonríe. Espera para ver la reacción del público. Algunos se ríen, otros parecen *animales muertos, de cemento*.

Pusieron sillas blancas de plástico en el *Favero*. Nunca lo hacen, la fecha la maneja un grupo que se llama *Suena!*, no van con el lugar. Quizás no hayan entendido la esencia. Llega gente a la puerta sin pre-venta y no puede pasar. “Preparamos el espectáculo para determinado número de personas, la capacidad es limitada”. Y se van los “sin entrada”, desanimados, sin música.

Daniel Omar Favero mira a los del ciclo desde la primera pared, a la derecha, ni bien entrás al lugar. Con la imagen en miniatura de los desaparecidos se forma la cara de Daniel, un cuadro de nuestro daño. Él fue, también, víctima del terrorismo de estado. Era poeta, músico y estudiante de Letras. Lo chuparon

el 24 de junio de 1977. *Yo no quise salvarme sino del egoísmo*, es la frase de Daniel que llevan como bandera los que defienden y dan vida al Centro Cultural.

“Ajji”, dice Gabo y se acuerda de una nota. Está enojado y su lengua hoy se mueve bastante por fuera de las canciones. “No iba a decir nada, pero la crítica me tiene harto”, dice y sigue cantando. Sus interpretaciones, por sobre todo, alcanzan un punto sublime y convierten al recital en algo hermoso. Luego, Gabo explica: “Eso pasó con el suplemento Sí, yo estaba en la escuela cuando salió, y no envejeció conmigo. Yo creo que se tuvo que haber creado un suplemento para los adolescentes, pero el Sí tendría que haber crecido conmigo. Por supuesto uno es libre para elegir”. La nota que lo rebalsó fue publicada por el suplemento joven del *Diario Clarín*.

“Yo busco la crítica en un ser querido, un amigo. La crítica existe, ¡vamos!, la palabra “Crítica” es alguien que tiene una perspectiva, un conocimiento y ciertos saberes, que puede decir algo sobre una obra. No es darle aire para que el disco se venda. La crítica de esos medios tiene un único fin: el comercial, ¿qué aportan las estrellitas, las manitos?”, sentencia Ferro en relación al modo de calificar que tienen los medios especializados.

Las sillas no alcanzaron y hay quince personas que se sientan en el suelo, adelante, apenas a dos almohadones de distancia del músico. Termina *El cuadro de mi daño* y una chica, con ojos achinados y rulos largos, se levanta del suelo y se va, parece que al baño. “Mirá que estoy con doctores, contenido, no te voy a hacer nada”, le chistea Gabo y la muchacha sale colorada por la puerta que la dirige al otro cuarto, donde al fondo (a la derecha, por supuesto) está el baño.

Gabo, luego, sigue reflexionando sobre los medios: “Cuando criticaron un disco poniendo a Bourdieu dije uff. Yo tengo claro dónde meo, dónde cago, dónde como, dónde duermo y dónde me rasco el orto. Entonces no voy a hacer un disco pensando en

Bourdieu. Hago canciones, lo más simple que pueda como para que lo pueda disfrutar todo el mundo. Desde el jardín de infantes hasta el geriátrico. Por eso el 2007 fue un año de quiebre, con *Mañana no debe seguir siendo esto* yo escribía pequeños parrafitos en los discos para ayudar un poco a la escucha, y ahí claro hablé del Romanticismo, pero no como romántico a lo Arjona, sino el Romanticismo de la muerte, lo sublime, lo bello”.

Y de arrebató en el *Favero* suena *Para traerte a casa*, el primer track de ese disco que para Gabo fue un quiebre. Sus últimos dos discos no los llevó a los medios. Se cansó, ya no lo siente productivo, “si alguien quiere comprar un disco no lo va a hacer por una de esas críticas”, va renegando con esos medios en los cuales, a veces, también aparecen algunos cuentos y notas suyas. “Una paloma toma el aire y el cazador siente celos”, entra la estrofa en su garganta y al *Favero* se le pone la piel de gallina. Suena su voz, suena Gabo. Grita “Un cazador y una paloma no podrían enamorarse. El cazador es de tierra y la paloma es del aire”, y otro chico que lo mira desde el suelo llora.

Cuando el recital termina la gente se levanta de esas sillas blancas y se amontona en un puesto, armado con dos mesas y un mantel bordó, donde se vende toda la producción de Gabo Ferro (discos, el más visible *Amar temer partir*, libros, siempre los dos derechos y juntos; y su dvd con su etiqueta de pirata que se advierte orgulloso). Celia, su manager, hace la tarea de vendedora siempre sin abandonar esa (su) sonrisa de miles de dientes blancos y grandes.

Una vez vació el Centro Cultural Gabo se va, pero antes se queda parado frente al cuadro de Daniel. Lo mira, lo siente y lo escucha; Daniel le recita: *¡Diles que estás meciendo sobre una cuna enjoyada y que aun tú puedes verlos desde una mansión dorada!*, última estrofa de su poema *Llanto para un niño muerto*. Gabo mueve levemente la cabeza en señal de afirmación y sale. Sobre la calle adoquinada piensa: *Tiene los ojos (bien) grandes como los míos*.

# V

***“Tendré que crear sobre la vida. Y sin mentir.  
Crear sí, mentir no. Crear no es imaginación,  
es correr el gran riesgo de poseer la realidad”.***  
**Clarice Lispector**

## **Batallas invisibles que rompen vidrios en habitaciones ajenas**

Hay una grieta.

O mejor dicho hay varias grietas que, sino están abiertas ya, se están abriendo. Hay gente, llámense artistas periodistas intelectuales poetas músicos escritores soñadores anarquistas punks medios locos o locos del todo agitadores culturales comunicadores, que de a poco van golpeando y abriendo grietas corriendo velos, y no siempre veloz, porque quizás entiendan que andando despacio también se llega.

Grietas, rajaduras, pequeñas hendiduras desde donde mirar y comunicar y a través de los cuales pasan cosas que a este sistema injusto, maloliente se le escapa.

Aunque no quiera.

Hay una grieta. Hay varias.

Y entre y desde esas grietas se mueven, se plantan, por caso: Ferro, Marchetti, Casas. Gabo, Pablo y Fabián. Un lápiz con poca punta, una lapicera, una guitarra, un micrófono, una voz a capella. Cualquiera de estos instrumentos les sirve para generar arte comunicando o comunicar generando arte.

Gabo está alejado hace un tiempo de la Academia, pero no tanto porque ahora está sentado y tomándose una gaseosa en *La Academia*. En el bar que lleva ese nombre, trata de ganarle la ofensiva al insoportable ruido de la máquina de café y dice: “Los canales de circulación no son los mismos cuando uno hace literatura y más o menos va calando el terreno. Y, o te metés en un canal o en un circuito conformado o lo conformás. Todo con tu visión, tanto desde la imprenta, diseñadores gráficos, distribuidores, las librerías, todo. O vas por mucho conformado con todos esos eslabones, que es más complejo aún, o te los vas inventando”.

Ferro no se mueve como un pez en el agua, más bien parece un pulpo. Y no justamente porque decida meter las manos en cualquier lado, sino donde verdaderamente lo siente. Por momentos mete sus manos donde lo desea, por momentos lo que mete son sus garras, bien afiladas, afinadas.

“Meto mi patita y mi manito en los lugares donde yo creo que tengo algo que ver. No sé si hay otros lugares en donde podría escribir o cantar. Tengo claro que ninguna entrevista va a cambiar nada. Ningún disco va a cambiar nada” y ríe un poco no creyendo demasiado en eso último que dijo.

Apenas unos segundos después llama a la moza y le pide que por favor, enfatizando el por favor, le saque los dos hielos de su vaso con gaseosa. Pero sabe acaso la moza, está enterada ella que el tipo que le acaba de pedir eso tiene dos libros editados, seis discos grabados como solista y dos pensados ya, y sabe que apenas antes de hacerle el pedido él dijo que tiene “en claro dónde come, dónde duerme, dónde mea, dónde caga y dónde se rasca el orto” y sabrá ella que Gabo la invitó, desde una canción, hace un tiempo a una guerra que hay allá afuera, y que si quiere batallan juntos. Y sabrá por caso esa pareja que enamorada enrosca sus manos debajo de un gran espejo, que

la persona que recién acaba de pedir por favor que le saquen los dos hielos de su vaso con gaseosa se tiene que retirar del lugar dentro de un rato porque tiene que ensayar junto con su nueva banda -todos pibes- porque el sábado toca gratis y que hace cinco seis días con esos mismos pibes -su nueva banda- tocaron en el *Konex* -un galpón enorme que en su momento fue una fábrica de quesos y ahora un Centro Cultural- y que fue mucha (mucha) gente a escucharlos y que entre toda esa gente fue un amigo suyo de la facultad que le dijo, le preguntó “que hacés mudo tanto tiempo...”, le dijo quehacésmudotantotiempo porque en aquella época le decían así “porque casi no hablaba viste” y cuesta creerle y acaso sabrá el cantinero aquel que lee el *Clarín* por cuarta, quinta vez en el día, que la persona que le dice, clavándole la mirada, “gracias eh...” a su empleada, a la moza, que hace unos quince años, un domingo a la noche, aquí al lado, a metros nomás, en el subsuelo del *Hotel Bahuen*, Gabo “se bajó del escenario y rumbeó para su casa en Mataderos porque no tenía qué decir...” y que quizás en esos días la moza, la chica que amablemente atendió su pedido, quizás no existía o quizás apenas estaba largando sus primeros dientes de leche.

Gabo habla, comenta, comparte; y no lo hace desde un lugar absoluto. “Soy el viejo jugando o el niño pensando y ahí está la serpiente que se muerde la cola, soy un viejo y un niño conviviendo en una sola cabeza” cuenta, con la misma templanza que dijo aquella vez -hace un par de meses nomás- en el *Centro Cultural Islas Malvinas*: “No suelo dedicar los temas, pero éste me lo pidieron por mail hace unos días... así que a pedido de Sebastián, este tema es para Jimena”.

Por primera vez en casi dos horas, saca su teléfono celular y chusmea la hora. “No hay drama” dice y bien sabe que ya se pasó del horario convenido para partir pero no le importa.

“Busco la belleza de lo que haga, con el pecho lo defiendo”.

No es eso lo último que dijo esa vez antes de pararse, saludar, pagar e irse. Pero sí quedaron esas palabras flotando en el aire.

No se sabe aún si la moza y el cantinero se dieron cuenta de todo aquello. Pero aunque seguramente hayan aprendido que dos hielos bastan para refrescar un vaso con gaseosa, tal vez ignoren que hay llamas que ni siquiera con un iceberg se apagan.

“Veo y entiendo la literatura como una forma colectiva”. Borges oscuros, jeans, remera de la *Velvet Underground* y sus mismos anteojos de siempre, marco negro y cristales claros que dejan ver bien grande el marrón de sus ojos. Fabián habla pausado, aunque por momentos intensifica o atenúa el volumen de la voz dependiendo de los gritos fritos de las siete señoras que unos metros más allá, contra la vidriera del café, hablan de todo sin decirse nada.

Casas se hace, se inventa -qué otra cosa saben hacer mejor los poetas sino oficiar de inventores- una pausa en medio de su rutina laboral. “Encima estamos de cierre”, dice. Cada encuentro con él es un hervidero de nombres, de información, de cosas nuevas viejas o de viejas cosas nuevas. Como en sus *Ensayos Bonsai*, pone sobre la mesa, muestra, hace conocer, mil nombres y mil maneras de entenderlos y relacionarlos. Desde Heidegger hasta Cucurto pasando por Vallejo; desde *Manal* hasta Minimal pasando por *Los Redondos*. Pero no es una paja a su saber, una masturbación a su conocimiento; Fabián se copa y da nombres, cita autores, canciones. No obliga, eso sí que no. Sólo si uno quiere, estira las manos, agarra eso y lo lleva.

“José Luis Mangieri me hizo ver cosas muy centrales que son las que conservo. Tenía que ver primero con trabajar, luego escribir y finalmente, si se da, publicar (...) Es mejor que conozcan los libros a que te conozcan a vos” dice Casas que es, aunque

cueste creerlo, un tanto holgazán. Porque sino cómo se entiende que para terminar alguno de los cuentos que integran *Los Lemmings* haya tardado casi diez años. Quizás, casi sin saber, los distribuidores en Alemania de la película *Ocio*, basada en su novela corta homónima, hayan definido un poco esta rara manera de producción del autor, al traducir el título como *Elogio de la pereza*.

Casas escribe buscando o busca escribiendo.

“La lógica capitalista es definición: te gustan las mujeres o te gustan los hombres, el capitalismo te define, todo el tiempo. Esa enfermedad muchas veces la tienen los artistas y los críticos. Nadie tiene que buscar la definición, lo que tienen que buscar es la incertidumbre. Y aprender a vivir con la incertidumbre o con preguntas paradójicas. El pensamiento oriental está más curtido en poder pensar más de dos cosas a la vez, nosotros no. Menotti o Bilardo, la dicotomía eterna del esto o esto” dice Casas, que después cita dos veces a Heidegger y vuelve a decir: “Donde está el peligro, está la salvación”.

Cuando habla, Fabián te mira. Y cuando calla también.

El poeta demuestra todo el tiempo atención, hace saber que escucha lo que su interlocutor le dice, le pregunta. Por momentos parece un cazador en estado de vigía. Salvaje. Cuando habla te mira. Y mira mucho desde esos dos grandes ojos marrones siempre bien abiertos, siempre con ese par de anteojos de marco negro delante.

“Cuando me entrego me siento más vivo. Con mis amigos, la familia, los escucho. Momentos de abandono del yo, es súper sanador. Me pasa mucho con mi hija, estoy todo el día encima de ella: la cambio, la baño, cuido que no meta los dedos en el enchufe. Me olvidé de mí, estoy pasando los mejores momentos de

mi vida cuando me pasa eso. Me pasé tanto tiempo pensando sobre mí, hablando con gente que no tenía que hablar, perdiendo tiempo en actitudes estúpidas del yo, mías, egoístas. Cuando vos te olvidás de vos sos feliz”, dice.

Ya es papá. Guadalupe, su compañera, aquella a la que le dedicó *Los Lemmings -Todo para Guadalupe-*, fue mamá de Ana. La paternidad lo hace feliz. Se le nota.

“Es más bien una necesidad de crear nuevos canales, porque con los viejos no salíamos, no teníamos chance. Y no es cuestión de ponerte a llorar si no te publica Ñ. Producir la forma en que vos querés contar y producir. No ser llorón. Hacerlo, como nos parece, pero hacerlo. No quería quedarme en el crítico que termina insultando al otro...” y de golpe, gesto de disculpa mediante, trunca lo que estaba diciendo y atiende el llamado de su teléfono celular: “Hola Cuqui, ¿hola?... Te escucho re lejos... ahí voy sí...”.

Corta el llamado, se acerca a la barra, paga, saluda, abraza y se va. No sin antes mirar con esos dos ojos grandes y marrones, desde la vereda y del otro lado del vidrio, a las siete señoras que siguen ahí.

En este pequeño bar, Casas escribió parte del sermón de su montaña.

Pablo escribe poesía, sale en televisión, publica en la quincenal *Revista Barcelona*, hace radio, escribe canciones, algunas hasta las canta, de cuando en cuando publica en *MU.El periódico de lavaca* y en *THC*, revista especializada en cultura canábica y en la *Crisis* y en algunas publicaciones más.

Pablo se enteró de la muerte del ex presidente Néstor Kirchner en Colombia en un hotel cinco estrellas. Cuesta imaginar a Marchetti en el hall de un hotel desparramado en algún sillón, como está ahora mismo desparramado sobre una descolada silla

en el living de alguna casa en la ciudad de La Plata. Dentro de un rato estará bailando, al frente de *Conjunto Falopa*, medio frenético y entonando un par de tangos arriba de un escenario. Nada de electro tango. Punk arrabalero, si se quiere. Pero eso dentro de un rato. Ahora, dice: “Por suerte salió. Fue un alivio. Fue algo así como que la banda suena, la banda suena, eso está bueno. Está bueno, fue una comunión, éramos diez personas pensándola, probando cosas. Estuvo bueno...”, y se desarma en algunas anécdotas de cuando fue a cubrir el entierro y cuán difícil fue decidir qué hacer con la tapa de la *Barcelona*.

Es difícil seguir el ritmo, la vertiginosidad de sus gestos, la velocidad que de pronto toman sus palabras, la locuraailable de su intermitente abrir y cerrar de ojos, el tono de lo que dice; Pablo es capaz de pasar, en menos de lo que dura un estornudo, de una risa inflada, irónica, ancha, gruesa, al silencio más incorruptible, infinito. De alguna manera es como si llevara al paroxismo total, lo que opina, en parte, de la poesía: “Creo en el ritmo poético, en la música poética” y apunta también: “Lo poético tiene que ver con la verdad más descarnada y más revelada”.

No toma cerveza. O no por ahora. Dentro de un rato sí tomará algún vaso con cerveza antes de empezar a bailar frenético arriba del escenario y entonar algunos tangos bien polenta. Después; ahora se acomoda el termo debajo del brazo, como el gaucho hace con su boina, y ceba mates.

No hay duda de que si Marchetti fuera boxeador, sería un peso pesado. Grande, grandote, pelado, gruesos dedos, marcha pesada, lenta, un pequeño tatuaje de un mono con cola larga sobre su parietal derecho. Y panza. Marchetti tiene bien ganado su apodo de *El Gordo*. “A mí cuando Capusotto me dijo que Pedro Saborido era lector de *La García* ahí me di cuenta que estábamos bien, dije “vaaaamos, ok, estamos bien”. En *La García*

fue como encontrar otra vuelta de hablar, de comunicar”. De esa publicación, del núcleo de redactores y periodistas de esa revista mensual, surgió la génesis de la *Revista Barcelona*. Una segunda vuelta, otra manera de comunicar, dice él.

Pablo escribe poesía, sale en televisión, publica en la quincenal *Revista Barcelona*, hace radio, escribe canciones, algunas hasta las canta, de cuando en cuando publica en *MU.El periódico de lavaca* y en *THC*, revista especializada en cultura canábica y en la *Crisis* y en algunas publicaciones más: “Tengo tendencia a juntarme con gente amiga y enseguida armar un proyecto de algo. Puede tener que ver con la cuestión de la amistad, o de no dejar de laburar nunca, o borrar los límites entre el placer y el trabajo. Lo de *Conjunto Falopa* puede explicarse por el lado de que a mí me gusta mucho cantar, pero también me gusta mucho la canción. Cantar y escribir la canción para otros también. Trato de borrar límites entre géneros como los del trabajo. También sobre si hago periodismo o no. Si lo tuviera que reducir a algo sería algo así como la poesía, o la dimensión poética de la palabra. El hecho de poder dejar de pensar que sólo un texto es prosa y me parece que en la cuestión poética de la palabra se divide en dimensión visual y dimensión sonora. Me parece que hay lugares en donde esto que digo se refleja, por ejemplo, en las contratapas de Barcelona y esa continuidad con el arte”, dice mientras termina de armar un porro y lo fuma hasta la mitad.

Con su pequeña mochila al hombro, que lo hace parecer una tortuga gigante con un diminuto caparazón, sale. Saluda y mientras camina hasta el auto para ir al lugar donde dentro de un rato se tomará una cerveza y bailará desencajado y cantará un par de tangos polentas, silba *Post crucifixión*.

## VI

**“(…) Son los manos. Estos, a su vez, manejan  
a los hombres robots:  
son hombres capturados a los que les insertan  
en la base del cráneo,  
en la nuca, un aparato especial provisto de  
muchas lengüetas que se clavan en el sistema nervioso...  
Por medio de ese aparato convierten  
al cautivo en un verdadero autómeta,  
capaz de recibir órdenes transmitidas desde muy lejos  
y de obedecerlas sin chistar, aun a costa de la propia vida”.**  
El Eternauta



## Las orugas mariposas

### Oda Paco

Miss Bolivia: rastas hasta la cintura, descalza, no más de 1,60 de altura. Camina hacia el centro del *ND/Ateneo* y le da un beso a Gabo Ferro. El músico ha invitado a esta nueva artista, que además es psicóloga, a grabar *Oda Paco*, la canción que escupe actualidad de estupefacientes en su último disco. *Meto de prepo mis cosas adentro, donde estoy latiendo pero muerto*, dice la introducción, estribillo, y slices que se repiten a través de la voz nasal de Gabo. Lo demás queda para Miss Bolivia, que con su *Rap de monoblock* plasma postales de indignancia y muerte apenas por dos pesos: *Nací sin estrella vivo sin ella por tener coraje me crié en la calle /me refugio en ella/ con un poco de esto paco que es mierda pa' vos lleno la mesa de los que me acechan los tigres raros/ los dementes esos los habilitados pa' regar mi sangre pa' cortar mis manos no elegí este lado no me odies tanto poco me queda/soy de los que duran pocas primaveras.*

La versión y el análisis de Ferro no se gana y se descubre preguntándose. Lo escuchás o lo leés. En *El hambre y las ganas de comer* la posición sobre la droga más barata y fulminante de la primera parte de este siglo está en esta canción. No sólo a partir de su letra, sino también a la hora de decidir que el autor sea el escritor Pablo Ramos y la interpretación quede a cargo de una referente de la nueva oleada del rap y el hip hop como lo es Miss Bolivia.

En el *ND/Ateneo* la versión busca el formato de la grabación original y lo encuentra, incluso con algunos puntos más fuertes. Gabo mira de reojo a Miss Bolivia y lanza versos rapeados en síncope con la intérprete. Postal novedosa para los recitales en

vivo de Ferro que suele seguir el camino de su estilo y no desbordar su garganta para otros sitios. Gabo rapea y Miss Bolivia revolea sus rastas; está vestida de verde y se mueve por todo el escenario. *Oda paco* suena fuerte y frontal y su mensaje podría ser una pintura para cualquier pared vistosa.

*Sociedad moral, propiedad estatal, documento único nacional / Identidad no hay en la cárcel te dan siempre por atrás porque no hay lugar pa' respetar a quien no nació ni puede votar ese soy yo / yo soy el que está, el que no se ve, el que va tapado, pero tiene fe / un escapulario de mi dios urbano, el que compensa tu mente violenta y rubrica sobre la boleta que justifica ese odio enfermo en tu cabeza (ay ay ay) / Yo soy del color de esta misma tierra y no tengo nada más que la miseria.*

Luego Miss Bolivia abraza apretándole la cabeza a Gabo Ferro y se va.

## ¿Por qué no llorás un poco?

*Bajada de línea* se llama un programa que empezó a emitirse por canal nueve y lo conduce Víctor Hugo Morales. Se decreta un nuevo feriado nacional en defensa de la “Soberanía” a causa del aniversario de *La batalla de la Vuelta de Obligado*. Un conflicto que varios historiadores buscan que tenga mayor incidencia en las bibliotecas de la historia argentina.

Se dispara un informe sobre el tema y aparece Gabo Ferro, el epígrafe dice eso: Gabo Ferro. Luego de unos minutos pasa otro epígrafe que dura tres segundos y aclara: Historiador y músico. Y el informe busca eso, Gabo habla sobre *La batalla de la vuelta de Obligado* y mechado canta: *¿Por qué no lloras un poco?*, último track de *Boca arriba*, disco editado en 2009.

Gabo canta más despacio que lo habitual. Muy despacio, susurra. Se imagina al televidente luchando con el volumen de su televisor, se ríe, sabe que no es problema de volumen, es pro-

blema de atención, de quietud.

Dice: *La muerte no existe acá, todo está vivo, presente / la memoria es asesina; da muerte a la misma muerte. / Desembalá la memoria, que no hay cosa que no siga*, y luego cortan y lo enfocan en el lugar de los hechos, de espalda a la cámara, de frente a la batalla; soberano.

Gabo Ferro está en papel de historiador, su palabra habla de historia, papel que decidió abandonar hace un tiempo. “En la academia me aburro. Pasan cosas que no me gustan”. Explica y canta. Toca la guitarra y advierte: *¿Por qué no llorás un poco?, vos que vas bailando tanto... el apetito no es hambre y moverse no es bailar.*

## Néstor Not Dead

“Me enteré de la muerte de Kirchner en un hotel cinco estrellas, en Cartagena, Colombia. Estaba en un Congreso sobre Nuevo Periodismo, organizado por la comisión de Nuevo Periodismo”, cuenta Marchetti.

“Cuando lo llamé estaba durmiendo la siesta”, dice Claudia Acuña desde la redacción de *Mu*.

Marchetti siente la presión de la noticia desde varios aspectos: será una tapa histórica para *Revista Barcelona*, muchos estarán atentos para ver qué hacen, “me llamaron un montón de periodistas”, dice Pablo. También tiene que escribir su postura, decir lo que tenga ganas, y esta oportunidad se le presenta en *Mu*, “Un medio en el cual me encanta escribir”.

El ex Presidente de la República, Néstor Kirchner, ha fallecido y Pablo Marchetti escribe una carta abierta. Piensa y expone lo que ve, lo que siente. No está cantando en *Conjunto Falopa*, no está al aire por *Radio Nacional*, ni cerrando una nueva edición de *Revista Barcelona*. Va a Plaza de Mayo con su amigo Mariano Lucano y vive la experiencia del velorio multitudinario de esta fi-

gura trascendental para la política argentina.

“Hay que entenderlo, aunque a algunos les cueste. Hoy en día, la izquierda nacional es el gobierno. De eso no hay dudas”. Pablo deja claro que no es militante Kirchnerista, ni mucho menos opositor, pero sí entiende que su voz debe salir pese a todo. “Tengo amigos en La Cámpora y otros radicales. Me encanta el debate, pero hay que dejarse de joder, no hay que dejar que los poderosos muestren sus garras”.

Marchetti logra estampar su particular estilo en las cosas que elige contar en su carta. El cómo y el quién se forman antropomorfos en esa visión tan particular que tiene para palpar la realidad actual de la sociedad argentina:

*Lo que realmente importa ahora es cómo salir de esta plaza. Y lo más importante, cómo hacer para volver a encontrarnos todos aquí, con esta misma emoción, con esta misma fuerza. Cómo tener la certeza de que, si nos joden, aquí vamos a estar. Aguantando los trapos. No los de Néstor ni los de Cristina. Los nuestros, los de los montones de personas que no queremos que nos rompan las pelotas. Los de todos aquellos que estuvimos horas y horas esperando para ver durante 30 segundos un ataúd cerrado, porque sabíamos que allí adentro había un tipo especial. (...) Un tipo que no fue ni un héroe revolucionario, ni un gran ideólogo, ni siquiera alguien muy parecido a nosotros. Sin embargo, ese tipo fue quien hizo el milagro de juntarnos, de hacernos tomar conciencia de que somos un montón y de darnos cuenta de que hay ciertas cosas que no vamos a permitir. Bueno, no exageremos, que somos frágiles. Pero al menos ahora sí tenemos claro que hay cosas con las que no se jode. Por eso, aunque sólo sea por eso, gracias Néstor.* Cierra su carta Marchetti, y calla Marchetti, y luego de unos días sale la tapa de *Barcelona* más significativa y esperada del año, titulada: *Nestor not dead*. El ex presidente, con medio torso desnudo emulando a Jim Morrison. Bizarro. En amarillo y bien grande se lee el titular y la bajada.

## La columna de Barcelona en 6, 7, 8

“Básicamente voy porque me invitan. Claudia (Acuña) ya me retó porque dice que estoy yendo mucho. Zafé del *We are the world* que se armó en 6, 7, 8 cuando se murió Kirchner”. Lo dice mientras abre una latita o cuando se rasca la pelada o directamente arriba de un escenario. Marchetti siempre dice, nunca se queda sin letra.

Ahora está en vivo en 6, 7, 8 y critica, levemente, la marcha que se armó por *Facebook* de los fanáticos del programa. “No creo que sea trascendental. Está todo bien, la gente protesta, pero tampoco darle tanta magnitud al hecho. No hay diferencias con muchas otras marchas”, dice Pablo y lo mira de reojo a Osvaldo Barone, pegado a su derecha. De a uno lo van atacando: Sandra Russo, Carlos Barragán y, por supuesto, el “intelectual liberal que salió del closet” (dice Marchetti), Osvaldo Barone, el que sigue estando a su derecha. Debaten y de a poco se esfuma la tensión. Pablo los mira y los escucha, les contesta, se ríe. No suele haber fricción en el panel del programa, ya que van invitados que, generalmente, están de acuerdo con sus posiciones.

Marchetti en vivo en *Duro de domar*, sentado en una banqueta, mostrando la tapa de *Barcelona*: *Néstor not dead*. Charla con Daniel Tognetti, conductor del programa, y debate con el panel. Pablo se ríe y los escucha, contesta y se acomoda para ver los tapes de ese día.

Hay un spot, algunos enlaces, y desde las páginas de varios de sus compañeros de trabajo se ve un video en *Youtube*: Canción de Pablo Marchetti, homenaje a Las Madres de Plaza de Mayo. “Voy donde me invitan”, resuena la voz de Pablo y, a veces, Claudia Acuña se enoja, pero otras no. Y cuando no, la morocha le sonrío como madre cuando ve por primera vez a su hijo recién nacido.

## Sin llaves y a oscuras

*Era uno de esos días en que todo sale bien/Había limpiado la casa/y escrito dos o tres poemas que me gustaban,/no pedía más./Entonces salí al pasillo a tirar la basura/Y detrás de mí, por una correntada, la puerta se cerró./Quedé sin llaves y a oscuras,/sintiendo las voces de mis vecinos/a través de sus puertas./“Es transitorio”, me dije./Pero así también podría ser la muerte:/Un pasillo oscuro, una puerta cerrada con la llave adentro,/La basura en la mano.*

Fabián Casas tiene sus mismos anteojos de marcos negros de siempre. Pestañea despacio, no abre la boca. Viste traje negro. Raro en él. Está sentado, en silencio, de frente al auditorio. Está sentado en una larga mesa negra. Está sentado y escucha atento su voz grabada recitando un poema suyo. Está sentado en algún lugar de Alemania porque algunos de sus poemas se van a editar allí, traducidos. “Danke” dice ni bien la voz termina. Dice gracias en alemán y no dice más nada. El auditorio pasa del silencio al aplauso y Casas se levanta y se va. Los aplausos no cesan. El poema lo acaba de leer desde una edición de *Eloísa Cartonera*, lee un poema premiado desde un libro hecho con cartón. “En la feria de Alemania podés descubrir grandes talentos y también se te pueden ir las ganas de escribir para siempre. Pero yo estoy tranquilo, siempre me voy a nutrir de la periferia. Permanentemente buscaré ser un eterno principiante. Hay que mezclar la literatura con la vida”, vuelve a decir y les manda un saludo a los “Súper democráticos”.

## Boedo y Horla City

*“Un joven, leyendo en el subte, está sosteniendo algo de lo mejor de nuestra civilización”* dijo Casas cuando habló después

de recibir el premio *Anna Segghers*, también en Alemania. En esa ocasión, leyó un pequeño relato lleno de poesía. Una pequeña historia viva llamada *El Zapatero*, que transcurre en el barrio porteño de Boedo.

*Eloísa Cartonera es una Cooperativa de Trabajo gráfico*, editorial y de reciclado ubicada en pleno barrio de La Boca, que le compra a los cartoneros y con ese mismo cartón realiza las tapas de los libros. Aira, Zelarayán, Lamborghini, el mismo Casas, Eloy Martínez, Reynoso, Gaviria, Diana Bellessi y los nombres siguen en un etcétera tan largo y variado como la cantidad de colores que ilustran cada libro de la editora cartonera. Y el autor, aquella vez que leyó, tenía entre sus manos -al igual que los que estaban escuchándolo- algún ejemplar de esa misma editorial. Lo que puede resultar una combinación perfecta de lo que escribió y eligió leer ese día que le entregaron el premio. Casas mismo estaba sosteniendo “*algo de lo mejor de nuestra civilización*”: un relato ficcional, un pedazo de vida -en este caso de su vida- y un pedazo de cartón hecho libro. Lo que algunos tiran, lo que algunos tienen que buscar y reciclar, lo que algunos eligen volver a comprar para que un pedazo de caja de Finca Quiroga Malbec Syrah o de aceite Natura termine hecho libro. Hay allí, subyace allí, vibra allí una absoluta *voluntad poética de habitar el mundo*, tal como dijo y leyó en ese mismo relato, que a partir del 2010 está incluido -a modo de prólogo- en la edición Cartonera de su antología poética.

Aristóbulo del Valle 666, a metros de la cancha de Boca. Enero de 2010. Independencia 1668, frontera finísima entre San Cristóbal y Balvanera. Abril 2010. Allí, *Eloísa Cartonera*. Acá, Editorial *emecé/cruz del sur*. Una treintena de cuadras separan un punto del otro. Pero qué carajo comparten entre sí, qué se disputan, en qué empatizan ambos. Por ahora, Fabián Casas los une. O por lo menos, los acerca, los convierte en habitantes de un mismo territorio.

Con apenas tres meses de diferencia, *Eloísa Cartonera primero* y *Emecé/cruz del sur* más luego, editaron una antología casi idéntica de la poesía de Casas. Por un lado, una edición hecha con cartón, detalles de la tapa inconclusos, y hasta incómoda: el frente del libro está al revés de las páginas. Se llama *Boedo* y contiene, además de fotos, ilustraciones y dibujos de de los niños Baltazar Vega y Franco Molina. La otra, encuadernación hecha con papel de muy buena calidad, solapa, plastificado, la ilustración de la tapa a cargo de un departamento de arte. Se llama *Horla City y otros – Toda la poesía 1990-2010*.

Dos ediciones casi análogas, salvo en el precio: una que se consigue por veinte pesos en la *Feria del Libro Independiente y Autogestionada (FLIA)* y que puede ofrecértela -y cobrártela, claro- el escritor Washington Cucurto, creador del autodenominado *realismo atolondrado*. La otra se consigue en librerías comerciales a cincuenta pesos -o poco menos, si es que la editora le hace caso a Casas que en más de una entrevista pidió que bajaran el precio.

Y entre medio de esos dos extremos, Casas. Quien se aparece en Alemania con una edición de *Eloísa Cartonera* en las manos y lee, en vez de una larguísima perorata inútil y fría y llena de sinsentidos, un relato corto, que ocurre allá, en el barrio de Boedo.

Y Fabián Casas, de la misma manera que se ubica entre esas dos extremas editoriales, se ubica en ese lugar que describe en dos líneas en algún poema suyo el poeta Joaquín Gianuzzi: Entre verso y verso se instala una pausa donde el mundo es puesto en duda.

## Todo lo sólido se desvanece en el aire

Gabo se levanta, saluda y antes de irse tira las tres sillas que están sobre el escenario. Vuelve a mirar al público, sonrío. Pero

lo hace con bronca, como si detrás de esa mueca jocosa, jovial, hubiera un aura rabiosa. Y esta imagen, con la que finaliza el Dvd Pirata de la presentación del disco *Amar Temer Partir*, sirve, por qué no, para describir a Gabo. A Gabo Ferro y su música.

El recorrido que precede al presente de Gabo es, por lo menos, algo conocido. Gabriel Ferro en aquel entonces, hasta mediados de los fucking noventa, estuvo con *Porco*, banda hardcore, ruidosa, gritona. Puerca. Dos discos urgentes. Terminantes. Una primera placa homónima, que en la tapa llevaba impreso el nombre y una lluvia de pastillas de fondo. La segunda, *Naturaleza Muerta*, tenía como ilustración un control remoto y estaba dedicado, según reza el booklet, a la memoria de Grabiél Coullery, uno de los integrantes -entre los que estaban Palo Pandolfo, Vicente Luy, Osvaldo Vigna y otros- del colectivo poético *Los Verbonautas*, quienes acostumbraban a intervenir espacios para recitar poesía. Hoy en día, de algún modo esa labor es continuada por algunos de aquellos integrantes, bajo el nombre de *Poemas, canciones y pinturas* que lleva ya casi treinta ediciones.

Hasta que un día, según él, se quedó literalmente sin voz. Se bajó del escenario, se autoexilió de la música y se dedicó a estudiar historia. Ya no Gabriel Ferro, sino Gabo a secas, casi a cien mil kilómetros de distancia de aquello, dirá: “Tenías que compartir escenario con unos pelotudos con dos patrocinadores de mierda que cantaban boludeces. Se mostraba como el palo de la modernidad, por supuesto; nosotros habíamos metido 10 personas y ellos 150, entonces planteé: “No tengo nada más que decir”. No importaba lo que estábamos cantando. No le importaba mi vida ni la vida de los míos. Ni la muerte, no les importaba. No importaba la muerte de los valientes, ni de los prohibidos”.

Se graduó con honores y publicó dos libros. El primero, *Barbarie y Civilización. Sangre monstruos y vampiros durante el se-*

gundo gobierno de Rosas, recibió mención honorífica del *Fondo Nacional de las Artes*; el segundo, *Degenerados, anormales y delincuentes. Gestos entre ciencia, política y representaciones en el caso argentino*. Mientras tanto le dirigió, al tiempo que otros le hacían y le siguen haciendo la venia, un corte de mangas a la academia. Y en medio de todo esto, Gabo volvió a la música en 2005 con un disco titulado *Canciones que un hombre no debería cantar*, y en 2007 con *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Y ya desde la tapa de este disco, Gabo sienta posición y se ubica en otro plano. Arriesgado, quizás; kamikaze, puede ser.

¿Qué hay en la tapa de *Todo lo sólido se desvanece en el aire* que hace de su arte algo tan particular? Veinticuatro líneas de texto. Letras negras sobre fondo blanco, donde se cita a Marx y Engels y donde se explica porqué no hay una foto ilustrativa o un dibujo o colores. “No, no hay, ¿y qué?” parece decir desde la tapa. Y Gabo no sólo parece decir sino que -como si la tapa por sí sola no interpelara no cautivara no reclamara atención- además pregunta. Te pregunta: *¿Por qué algunos músicos se representan en imágenes antes de imaginarse su mejor canción?*

La tapa es un despojo total de imágenes, de decoraciones estúpidas y superfluas -¿acaso existen decoraciones que no sean estúpidas, superfluas?- Gabo, de la misma manera que se para -se planta- arriba de un escenario, lo hace desde la tapa de un disco.

Ni panfletario, ni propagandístico. Comunicacional, político, anárquico. Todo eso. O nada de eso.

Y de la misma manera que el músico considera que no son necesarias las imágenes para ilustrar la tapa de un disco -texto, sólo texto, palabras, sólo palabras- tampoco resultan necesarios -al menos en este caso- instrumentos que sostengan la canción. La voz -acaso el primer y único instrumento común a todos los

seres humanos- como sostén de lo que se tiene para decir. “A ver qué inventa la electrónica...”, provoca Gabo, casi en un grito fino, como de dibujo animado, al terminar *Tapado de piel*, también en la presentación de *Amar Temer Partir*: dos percusionistas y Ferro; los tres en una ejecución que desafía a cualquier fundamentalista de la música electrónica actual desde la tracción a sangre.

Y esa misma carga de austeridad, de despojo, de desprendimiento -de lo superfluo, lo accesorio, lo inútilmente innecesario- se aprecia en la interpretación en vivo del tema *Dios me ha perdido un techo*, canción que justamente forma parte de ese disco y con la que Gabo elige cerrar cada uno de sus recitales. Gabo se sienta al borde del escenario, apoya sus brazos sobre los muslos y a capella, a voz limpia, sin siquiera un micrófono que lo secunde, lo desafía a Dios, lo enfrenta con la palabra a Dios, le canta un par de desdichas a Dios, de desgracias a Dios, lo señala con el dedo a Dios, casi que llega a escupirlo a Dios, le grita a viva voz un par de miserias a Dios, que siempre las escuchó por lo bajo: *(Dios) nunca ha besado siendo tan amado*.

En la tapa del *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, en una de las últimas líneas, está escrito lo siguiente: *¿Qué nos lleva a pensar en fotografías o en dibujos como una cuestión obligatoria para un disco?* Y esa misma pregunta es posible realizarla de manera análoga para decir, cuestionar, ¿qué nos lleva a pensar en instrumentos enchufados o eléctricos como una cuestión obligatoria para una canción?

Si no existe una respuesta, ahí está Gabo sentado sobre el borde del escenario para dar un indicio.

Sólo hay que atender. Querer enterarse y escuchar, claro.

# VII

***“Y mis primeros dientes quedaron en el monte.***

***Donde quedaron, hablan por mí”.***

**Sara Gallardo**

## Desasar la Matrix

Hay ecos, existen ruidos que nacen desde las grietas. “Yo siempre veo todo como una conexión colectiva, no como una cosa individual, de uno”, dice Casas, parado en la puerta de *Eloísa Cartonera*. “O te metés en un canal o en un circuito conformado o lo conformás”, grita Ferro desde el escenario y Marchetti escupe marihuana y dice: “Es como una venganza de la poesía, es un género bastardeado porque es muy poco leído”.

Los tres piensan la forma de intervención, dónde aparecer, dónde tirar sus obras. Hay un pájaro que parece ser el hilo conductor de este punto que cuando hay silencio pasa por sus cabezas y grita, dos o tres veces. No está cantando, lo está gritando. Es negro y tiene el pico amarillo. Como ellos tres: agitadores culturales con pico amarillo.

“A mí me parecía que la poesía y los ensayos no son algo que se venden mucho hoy en día. Entonces yo prefería usar la matrix para ver qué pasaba: Emecé. Entonces a menor capacidad de venta utilicemos algo que tenga capacidad de difusión. Cuando Emecé publicó el libro y se agotó estuvo buenísimo, pero fue muy raro. Entonces funcionó”, explica Casas.

“Los canales de circulación no son los mismos cuando uno hace literatura y más o menos va calando el terreno”, dice Ferro y sigue: “Todo con tu visión, tanto desde la imprenta, diseñadores gráficos, distribuidores, las librerías, todo. O vas por mucho conformado con todos esos eslabones, que es más complejo aún, o te los vas inventando”. “Esta cosa de Casas de buscar al lector de poesías que no escribe poesía, que no existe, es buenísimo”, dice Marchetti.

Hay lugares que sí y otros que no. Existe un tipo de producción que, en algunas instancias, se va desarrollando de forma instantánea y natural, y otros que parten de una firme convicción



de generar un discurso, un mensaje propio. Gabo dice tener bien claro dónde meter sus “manitos” y sus “patitas” y dice también que ninguna entrevista cambia nada, que ningún disco va a cambiar nada. Dice Gabo, sin estar completamente seguro.

Casas piensa en la producción y en el don de la invisibilidad: “Lo que no me gusta mucho es involucrarme tanto en lo que es la difusión de los libros, pero a veces tenés que hacerlo. Eso pasa cuando publicás en editoriales chicas. Editorial Santiago Arcos es mi amigo, es un genio. Hace una apuesta gigante por libros que no se publican. Y tenés que difundirlo si te pide que lo hagas. No queda otra. Es mejor que conozcan los libros a que te conozcan a vos. Para mí es más agradable. Me siento más cómodo de esa manera” y se acuerda de los inicios de *Eloísa cartonera*, donde tiró sus primeros ensayos antes de que se imaginara que iban a ser libros, y cierra: “Con Cucurto decíamos: no pensamos tanto en nosotros sino en otros escritores que las editoriales no publicaban”.

*Conjunto Falopa* toca en la calle, por la aparición con vida ya (!) de Luciano Arruga. Los libros de Casas andan por la *FLIA* y *Los Lemmings* (su gran éxito) todavía se edita por la editorial de su amigo (“Si firmaba con Anagrama le sacaban la distribución de Argentina a Santiago, entonces no lo hice”, dice Casas). También está la gran matrix que “hay que utilizarla”, asegura el escritor. Ferro participa de todo lo que organice *FM La Tribu* porque la componen personas que cuando uno las conoce simplemente se enamora y pasan a ser hermanos.

El pájaro negro pasa y de su pico amarillo salen tres gritos: “Me importa el medio que es parte de lo que digo. No me gusta poner un texto en Facebook para simple exposición, o sea, no tengo ni Facebook personal”; es el de Marchetti.

“Yo empecé a escribir desde el fracaso absoluto. Nunca me interesó mucho la trascendencia. Eso me ayudó mucho, hacer algo que no tuviera ningún tipo de demanda. No pensar en nin-

gún tipo de lector, salvo mis amigos de la 18 whiskys (revista literaria). Fue algo muy personal, era algo que me causaba mucho placer. No había algo que hiciera para tener cierta repercusión. Estar dentro de la poesía en sí mismo”, es el grito de Casas.

Y el picoteo de Ferro expresa: “Para mí era inevitable ser un militante dentro del campo cultural. Es difícil, porque uno piensa que para moverse dentro de la militancia del arte es inevitable bancarte ciertas cosas y para que no te agarre una úlcera o un cáncer de hígado tenés que convivir con un montón de pelotudos que tomaron la guitarra para levantarse chicas, nada más, o como si hacer música fuera hacer una carrera de Arquitectura en la Universidad. No es lo mismo. Ese es el problema, cuando todas las artes se transformaron en un modo de laburo, en una carrera... esto no es una CARRERA”.

# VIII

***“Nos sentamos a la mesa a conversar  
sobre la ciudad, sobre la montaña  
sobre las culpas y los destinos  
sobre los culpables y los castigos (...)  
El murmullo crece  
suenan apenas algunos gritos,  
suspiros”.***  
**Pequeña Orquesta Reincidentes**

## Acción Artesanal

“Yo siempre veo todo como una conexión colectiva, no como una cosa individual, de uno” dijo Casas. Y sonrió. O al menos pareció que su boca se abría y le daba paso a su sonrisa lenta, pausada.

A Ariel Minimal, otro pibe del barrio de Boedo como él, se le ocurrió intitular su primer disco solista, justamente, *Un hombre sólo no puede hacer nada*, editado por el sello discográfico *Azione Artigianale*.

Ambos fanáticos; Minimal de Huracán, Casas de San Lorenzo. Vecinos a pocas cuadras de distancia, sólo los diferencia esas simpatías opuestas por sus clubes de fútbol. Aunque, teniendo en cuenta lo que el poeta dijo en una entrevista, quizás ni siquiera eso: “*Querer al club significa querer que salga campeón Huracán, porque hizo un fútbol extraordinario. Eso es querer al club: levantar el rol del adversario, el adversario como alguien que te forma a vos y te crea*”.

Ahora bien, ¿es pura y únicamente territorial la coincidencia entre ellos? No. Se puede decir que la coincidencia más grande y notoria entre ambos es la política y la manera, la actitud, la acción. Artesanal, claro.

*Azione Artigianale* es una especie de sello discográfico, llevado adelante, empujado inicialmente por los músicos de *Pez*: el mismo Minimal, Pepo Limeres, Franco Salvador y Fósforo García. Ellos mismos bromean en decir que es un sello de goma, una pyme cuasi mafiosa. Bajo la dirección manual de la cooperativa se nuclean las producciones de grupos como *Tantra*, *Sur Oculito*, *Juan Ravioli*, *Flopa*, el poeta *Hernán*, las producciones solistas de dos miembros de *Pez*—el caso ya citado del cantante y del baterista Franco Salvador—, *Flopa Manza Minimal*, *Helecho*,

*Honduras*, los primeros tres discos de Gabo Ferro, *Compañero Asma*. Tan artesanales son que desde su página advierten que ni siquiera tienen cadetes.

El mismo Gabo Ferro, quien dejó de tener hace unos años ya en sus discos la doble A característica del sello, dice: “El sello lo hacen los Pez para editar sus propios discos. Después está el gesto de amor de Ariel para con mi trabajo que fue mucho. Cuando iba a la casa de Minimal y le mostraba mis cosas él se ponía a tocar conmigo. “Vamos a grabar”, dijo. Cuando finalmente salió el disco le mandamos el simbolito del sello de Acción, y así fue que mis primeros discos tenían ese sello. No es que se puso plata para hacer el disco ni nada de eso. Fue simplemente ese acto de conexión con ellos. Después cuando yo empecé a poner plata en los proyectos, para facilitar todos los trámites tenía que fundar un sello, entonces salió lo de “Costurera carpintero”-su propio sello-. Ariel le decía a todo el mundo eso, era mentira. Con Acción fue eso, no es que hubo un programa, como un sello, a ver lo que iban a hacer. Fue Fósforo un poco que llevó adelante esta idea, pero no mucho más. Iba a las disquerías, mandaba correos, etc. Hacía todo eso, y ese tipo, es todo eso de ternura, es el gigante amapola. El tema de esos primeros discos era la conexión tan fuerte que teníamos”. De todas maneras, ni en los nombres ni en sus respectivos logos distan mucho estos dos espacios inquietos: por un lado una acción artesanal, un disco cocinado en horno de barro. Por el otro una mano con un martillo y otra con una aguja e hilo, una costurera carpintero.

“Es una banda increíble. Cuando los vi en vivo no lo podía creer”. Casas se refiere a Pez. Casas habla con un entusiasmo viril. Casas conoció a Minimal por intermedio de Alejandro Lingentti, ahora uno de los directores de la película *Ocio*, basada en su libro homónimo y con música, sí, de Minimal. Pero la relación compositiva entre estos dos pibes de Boedo data de un

tiempo atrás, desde antes. “Yo no sabía ni quién era y le fuimos a hacer una nota para la revista “Llegás”. Hicimos la nota en la casa chiquita de Ariel en Boedo y nos quedamos charlando hasta la madrugada. Después Ariel averiguó que yo escribía y me escribió. Le conté que tenía un montón de poemas que no publiqué nunca y se los di y él les puso música (...) Después pasó al revés, me dijo que tenía música entonces fui al estudio y ahí le pusimos las letras. Así salió el disco Folklore, sobre la música salieron las letras. Ya después en Hoy trabajamos de a dos con las letras (...) Todo lo que hace el pibe, no sólo su música, sino la forma en que labura me gusta mucho, su forma colectiva, apoyando a todos los grupos...”.

En un austero intercambio cibernético, días antes de que *Pez* tocara en *Niceto Club* y sobre el escenario terminaran cantando y tocando la pandereta y haciendo pogo, además de los miembros de la banda, integrantes de *Fútbol*, *Juan Ravioli*, plomos y asistentes; Minimal se refirió a su coterráneo y dijo: “*Me une un lazo poderoso con Fabián Casas y con sus textos, cierta coordenada tiempo/espacio que hace que entienda perfectamente qué es lo que está diciendo... debo también decir que me siento muy feliz y me llena de orgullo saber que un tipo de acá a la vuelta la está rompiendo en todos lados*”.

No sabían ni quiénes eran. Terminaron componiendo juntos monumentales terribles canciones. Un hombre solo no puede hacer nada. Pero un par de muchachos juntos pueden hacer bastante.

*Eloísa Cartonera* es una *Cooperativa Ltda. de trabajo gráfico, editorial y de reciclado*, que de limitada sólo tiene su razón social y es también una paleta híper colorida siempre presente en la *Feria del Libro Independiente y Autogestionada*. Y si la historia a veces parece rebalsada de casualidades, vaya una aquí que de

casual no tiene una mierda: la sigla que nombra y por la que se conoce dicha feria es *FLIA*. La *FLIA*. O sea, la familia. Sí. Definitivamente.

Esta familia es todos los autores y es ningún autor. Es un colectivo de trabajo, es un bondi de sensibilidades, es un acto de amor pleno, es un grito dulce, es un susurro rebelde. Y una feria claro, como su nombre lo indica. Una feria que tiene mucho de itinerante porque los lugares donde se monta, se acomoda, varían de una a la otra con más de dieciséis ediciones en Capital, seis en La Plata, y muchas en Rosario, Chaco, Córdoba y un sinfín de rincones. Un par de tablonos o el suelo mismo, un techo, el mate y un foco de sesenta bastan para que todo se empiece a armar.

A amar.

Fábricas recuperadas, casas y centros culturales, estacionamientos de universidades públicas, espacios regenerados, galpones viejos nuevos. La calle. Cualquier espacio es fértil para que la *FLIA* eche la primera semilla y todo de a poco empiece a crecer y reproducirse. Entonces aquí se habla de colectividad, de cooperativismo. De, como mínimo, dos o más.

Entonces. Un sol fortísimo y la música sonando alta. Muchos puestos rodean la *Casa Frida*; es Itzaingó, en el oeste del Conurbano bonaerense.

Santiago Vega. El pelo negro, bien negro, la cara negra, bien negra. Ojotas, pantalón corto que deja sus velludas piernas a la vista, camiseta de Marruecos que a simple vista parece no ser la original. Mastica con ganas un pedazo grande de pastafrola que venden ahí mismo a cinco pesos la porción. Sesea al hablar y dice “zí zí... arreglemos y zí no hay drama, delen” mientras, al lado suyo el chileno Alejandro Miranda vende algunos libros editados por *Eloisa Cartonera*: uno por cinco o tres por doce. La oferta da resultados.

Santiago Vega es también Washington Cucurto y es también -tal como se autoproclama- el inventor del *realismo atolondrado*, es además el autor de las novelas *Cosa de negros*, *Las Aventuras del Señor Maíz*, *Hasta quitarle Panamá a los yanquis*, entre otras, y de algunos poemarios, como por ejemplo *Zelarayán* y *La Máquina de hacer paraguayitos*. Desde algunos escritos aparecidos en las contratapas de sus libros lo comparan con Roberto Arlt u Osvaldo Lamborghini. Le gusta bailar cumbia y define a sus escritos como proto literarios. Pero además de todo eso es uno de los fundadores e impulsores de la cooperativa editorial *Eloísa Cartonera*.

Después de un par de mudanzas, el rincón actual de *Eloísa* está en Aristóbulo del Valle 666; una esquina en diagonal a un edificio abandonado y a exactamente una cuadra de la cancha de Boca. La puerta, los marcos de las ventanas, los vidrios, las paredes, el techo, el piso. Todo rebalsa de colores, de palabras deformemente garabateadas, como si las tapas de los libros que editan fueran el ejemplo en miniatura de cómo está decorada la casa de *Eloísa*. *Libros pintados en el corazón* se lee cerca del timbre que no anda. Una foto de Evo Morales, otra del Che, cumbia colombiana o algunas canciones de Jimi Hendrix. Un mix imposible de imaginar convive ahí dentro. Tanto como su catálogo de autores y libros: Copi, Bellatín, Piglia, Bellessi, Casas, Salvadora Medina Onrubia, Haroldo De Campos, poesía brasileña, Osvaldo Reynoso, Tomás Eloy Martínez, Alan Pauls, Dani Umpi. La Cooperativa se formó en 2003. Y desde entonces funciona de la misma manera: los cartones de las tapas se compran a cartoneiros de la vía pública. En la *Carto* reciclan el material, lo blanquean, cortan pintan pegan, distribuyen, venden, se ríen, bailan, son felices. “Este es un proyecto que surgió para publicar libros. En principio era un grupo de amigos que nos reuníamos para publicar lo que nosotros queríamos y después se fue ampliando. Con lo de la crisis comenzamos a trabajar con el cartón y fue una idea que más o menos la fui inventando yo de alguna manera y

así surgió. Incluso hay una película que habla de la Eloisa Cartonera, nuestro proyecto. Se puede ver en youtube.com Está bueno el video...”, repite Cucurto o Santiago Vega en algunas entrevistas.

Casas no duda en referirse al proyecto. Entre Solari, Vallejo y Heidegger, dice: “Cuando me subí a recitar con un libro de Eloísa en Berlín no hubo tanta intención. Pasa que aquella vez estábamos con los libros de Eloísa, entonces me subí con unos de esos. No es tan pensado, es más espontáneo. Lo que no es menor era que yo estaba ahí con Eloísa. Queríamos todo lo mejor para Eloísa, porque nos gusta el proyecto y lo hacemos de corazón, porque Eloísa tiene corazón”.

Y *Eloísa* también ha funcionado como una especie de embajadora o de profeta en algunos rincones un tanto alejados más allá de la General Paz: en *Chile, Animita Cartonera*; en *Perú, Sarita Cartonera*; *Bolivia, Mandrágora Cartonera* y *Yerba Mala Cartonera*; por *Paraguay, Yiyi Jambo* y *Felicita Cartonera*; la carioca *Dulcinéa Catadora* y en tierras aztecas, *La Cartonera* y *Santa Muerte Cartonera*.

Santiago Vega o Washington Cucurto o ambos, ha dicho: “No sé si mis libros pregonan un mundo mejor, me parece que no. Pero acá en Eloísa por supuesto, claro, creemos en el cooperativismo y en el trabajo como generador. Es el trabajo que más quiero. Y la literatura es algo anexo, incluso para nuestro proyecto de fabricación de libros, no es lo más importante, lo fundamental es cómo trabajamos, cómo nos organizamos, quiénes somos, por qué estamos acá; la literatura es solamente el pretexto (...). La Cartonera no es una militancia pero sí el comienzo de algo, espero. Hay mucho para hacer, hay que atreverse y tratar de ir haciéndolo”. Y en algún poema suyo intitulado *Una cartonería en Buenos Aires* dijo: *Cómo les explico, señores lo que es una cartonería en Buenos Aires!/No hay palabras para semejante despropósito de amor/El poeta al final del día tampoco encuentra las palabras adecuadas/Es que no las hay/En la calle*

*Brandsen del barrio de La Boca, en esta tarde otoñal late una cartonería, un tallercito donde unos jóvenes osados/fabrican los libros más lindos que vi. No soy un bibliófilo, pero esto lo puede constatar un bibliotecario yanqui con familia en México. O un mexicano estadounidenseado;/Por qué todos los bibliotecarios yanquis son latinos?/En la cartonería en Buenos Aires, están los hombres más simpáticos,/esos a los que nunca tendremos el disgusto de conocer y el placer de leer/Que sea siempre así, en esta cartonería donde un grupo de trabajadores sueñan, pintan tapas y recortan el cartón de las calles/Pero es difícil explicarles con lujo de detalles qué es una cartonería/Nadie lo sabe, ni siquiera nosotros.*

Pero ojo. Ese poema tiene un error gravísimo. La cartonería en cuestión no está más en la calle Brandsen sino en otra dirección. Quizás sólo por la métrica, resulte mejor en el poema, nombrar la anterior casa. Recuerden. Semejante gesto de amor se mudó de hogar.

# IX

*Entonces volvió a llamarle la atención el desusado silencio  
de la casa.*

*La puerta del estudio seguía cerrada, y no oía el tecleo de la  
máquina de escribir*

*ni el ruido de una silla o el crujido de las páginas de un libro.*

*Pensó que Raimundo se habría quedado dormido”.*

*Rodolfo Walsh*

## La Vaca en La Tribu es sagrada

En la entrada de *FM La Tribu* está el mural que hizo Liniers con algunos cómplices: Diego Perrota, Omar Panosetti y Federico González. En el primer piso de la vieja casa está la noche, predomina el azul oscuro. Cerca del techo, sobre el extremo izquierdo, hay una luna ensartada por una antena. Es la antena de la radio alternativa más importante del país. Una radio en el culo del mundo parece que dicen los personajes de Liniers en la pintura, pero no les importa. Algunos están volando y sacan la lengua. Antes de llegar a la planta baja hay un satélite que chorrea aceite, comunica.

Ya en la parte de abajo el escenario es el día (se apodera del fondo un color naranja tan pero tan parecido a los rayos del sol cuando está furioso). Hay una ciudad atestada de colores y edificios que braman por el humo dulzón de los camiones de carga. Un ¿Indio Solari? hecho en caricatura que exige dos bafles de sonido. También en el suelo, en el día y en la planta baja de *La Tribu* están todos esos tipitos creados por Liniers, criaturas deformes con ganas de hacer radio. Radio alternativa.

*FM La tribu* es un colectivo de comunicación creado en la ciudad de Buenos Aires en el año 1989. Sus miembros fundadores, Ernesto Lamas, Damián Valls, Hugo Lewin y Claudio Vivori, formaban parte de la agrupación Santiago Pampillón, en la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. *La Tribu* comenzó a transmitir en el 88.7 del dial como una radio comunitaria, pero pronto incorporó otras actividades hasta llegar a ser hoy un colectivo de comunicación con producciones audiovisuales, un centro de capacitación, un bar y numerosas ediciones publicadas. El 19 de junio de 2009 la radio cumplió sus primeros 20 años. En ese mismo año el mural que grita alegría en su puerta tomó vida.



FM La Tribu tiene una página (www.fmlatribu.com) que muestra el trabajo actual y el de sus veinte años de largo viaje recorrido. En el link *Nosotrxs* no hay foto, pero cuando se lee su declaración de principios en el de comunicación se los imagina agitando.

Dicen: *Herir al espectador que llevamos dentro. Quedar sin táctica ni estrategia, desnudos con auriculares. Tachar las opciones disponibles porque no hay una sin otra, bien sin mal, silencio sin dos piedras que chocan bajo el agua. Decir que no sin amargura. Dar aliento a la birome para más ¿De quién es qué? Nada de nadie en tierra llena de sin. De la carencia estos besos y las angustias disueltas en hervor eterno. No se puede encerrar sonido ni legislar intuición. La Tribu: conversación de lenguas descalzas, susurro gritado, latidos en la era digital. Interfaz de clorofila. Buscar en la raz para encontrar en el aire todo lo que te conmueve por muchos millones.*

Ya se dijo: es una casa vieja, infinita. Su desorden parece vivir en armonía, en su propio orden. Al ir superando los primeros ambientes (donde hay buffet, sillones, muestras) se encuentra uno de los estudios de la radio alternativa más antiguas del país. En el recoveco donde hay más sillones está lleno de publicidad de bandas y producciones en relación con el arte en panfletos, postales, calcomanías, etc. En ese mismo recoveco hay una escalera que da a un primer piso donde sube gente y no baja nadie. Han pasado casi siete personas y no se escuchan ajustadas.

Cuando se ingresa a ese primer piso se descubre que hay un nuevo ambiente con computadoras y algunas mesas de reunión, algo muy parecido a una redacción. Tiene un ventanal que da a un patio interno donde las plantas y flores han expropiado el espacio, ese lugar imposible.

Rodrigo Tornero se sienta, pide perdón por la tardanza, muestra todos sus dientes blancos y pide contextualización. Es uno de los responsables de la FM y docente de la carrera de Comunicación en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Es flaco, no tan

alto, tiene una cresta de pelo marcada y las cejas bien anchas. Acaba de escribir el informativo de la hora 17 y se está por ir a una manifestación. Pero antes escucha las preguntas, piensa unos segundos y arranca a definir la comunicación alternativa. Recorre varios conceptos con comas y puntos y mira a los ojos cuando explica.

Cita, propone las vivencias del colectivo y expone las experiencias como comunicador. Hasta que pone un punto y a parte y escupe un subtítulo genuino: “Toda esta perorata para decir que no tenemos certezas sobre lo que es la comunicación alternativa pero la practicamos cotidianamente”. Y sigue: “Tal vez lo más interesante podría ser decir “comunicación” y no “comunicación alternativa” como un término que le otorga cierta marginalidad a la práctica. Nos interesa definirnos desde un contexto de hegemonías y de disputas dentro de la comunicación hoy como un campo de batallas donde nuestras disputas efectivamente proponen nuevas alternativas”.

“Más allá de ser alternativo a algo, tal vez el mayor desafío sería inaugurar nuevas alternativas. Constituir estos proyectos como instauradores de posibilidad. Dar cuenta que es posible constituir un nuevo proyecto con definiciones en todas sus dimensiones que no reproduzcan las lógicas del capitalismo. Es decir la lógica de la muerte, del desprecio, de la imposición, de la inequidad. No entendemos la cuestión de lo alternativo anclada a una sola dimensión, es decir, no sólo en lo discursivo del proyecto comunicacional es donde se define el proyecto como alternativo. Uno puede construir una síntesis discursiva sumamente alternativa al sistema de medios hegemónicos, pero en sus prácticas internas seguir reproduciendo las mismas lógicas, usarla como una empresa por ejemplo”, explica Rodrigo.

Y antes de tomarse un descanso por primera vez, cierra: “Entonces lo que hacemos es, además de construir autonomía o alternatividad a partir de una construcción de un discurso que dispute las lógicas del discurso hegemónico, construimos tam-

bién dinámicas de convivencia adentro de la casa que vayan en contra de los disciplinamientos empresariales en los mecanismos de producir relaciones entre las personas para trabajar. Tratamos de generar relaciones de horizontalidad en la participación”.

Rodrigo tiene puesta una remera del *Frente Popular Darío Santillán*. Cuando se detiene para hablar por teléfonos o dialogar con algunos de los personajes que conviven en la casa, la remera parece que le empieza a latir, es la cara de Darío por donde se siente el bombo, la marcha está llegando a Plaza de Mayo y Rodrigo se apura para seguir.

En el plano de la producción comunicacional, desde productos radiofónicos, audiovisuales o en la web que produce *La Tribu*, el comunicador dice que “en la definición organizativa, en la definición económica, también para nosotros la alternatividad es un marco político en el cual nos paramos para definir nuestras prácticas. Además de impactar en las formas de organización, o de construcción de una síntesis comunicativa o de una manera de gestionar económicamente la casa, también la alternatividad es una manera de concebir nuestro tiempo, como personas que deciden organizarse para disputar las lógicas de la reproducción del mundo e intentar no vender nuestro tiempo en el mercado, que lo que hace es recombinar los fragmentos de tiempo de las personas para que el status quo se mantenga”.

En el plano económico para *La Tribu* también es sumamente importante pensarse desde la autonomía y la alternatividad del proyecto porque creen que es un plano decisivo. Aquí también tratan de disputar las lógicas.

“Nosotros tenemos pauta oficial, consideramos que no es lo que correspondería, pero sí, tenemos”, se ataja Rodrigo y comenta: “Estamos disputando para que todas las radios, similares a *La Tribu*, también tengan acceso a las pautas oficiales. Por eso también estamos organizados con otras radios y actores sociales para dar esa disputa a nivel legal como corres-

ponde. Nosotros le exigimos al Estado que distribuya equitativamente la pauta oficial, es parte de la justicia que se merecen este tipo de experiencias”.

Ojos bien negros los de Rodrigo. Piensa sobre su tarea de comunicador. Se atemoriza frente al concepto y entre tribulaciones y certezas decide cerrar: “Parto de una convicción en mi vida que es en el plano desde donde se pueden dar las mayores disputas de la época, de creer que es en el disciplinamiento de las sensibilidades y de las razones donde se esconde el mayor mecanismo de las injusticias del mundo, que es ahí donde está la fibra sensible y las costumbres cotidianas donde aparece mas evidenciado el disciplinamiento afectivo. Hollywood constituyéndose como la medida de nuestra capacidad de emocionarnos con algo y eso ha actuado tan profundamente en las prácticas de las personas y en los disciplinamientos del lenguaje, incluso en las maneras en que nos vinculamos con éste, que me parece que es la primera disputa que hay que dar. Las disputas en las comunicaciones, es decir, en cómo nos vinculamos entre nosotros, porque los disciplinamientos han sido muy fuertes y han marcado mucho nuestras historias, las personales y las colectivas”.

Y ya en la plaza marcha Rodrigo. Pisa la calle y altera el orden preestablecido.

## El MUgido social

“¿Por qué tanto olor a huevo?”.

Claudia Acuña: terca, social comunicadora, editora responsable de *lavaca* y mujer que va de frente. Se sorprende de que Bardo sea protagonizado por hombres. Ante el retruque de que ella también lo protagoniza, Claudia sigue:

“El periodismo es masculino. Es un discurso de poder la masculinidad en el periodismo. Vos no te podés identificar con ninguna mujer en el periodismo si no es desde un lugar maternal.

La mujer no está ni en el imaginario del periodismo, no tenemos lugar. Es más, cuando tengo un taller de redacción, les pregunto a las mujeres cómo quieren escribir y me responden siempre con el nombre de algún hombre. Modelo: Hemingway. No hay una mirada sobre el mundo en este sentido. También hay botineras en el oficio. Nada nuevo va a aparecer si sale de ese modelo. La novedad sería plantear nuevos paradigmas”.

Acuña está en el primer piso de *Mu. Punto de encuentro*. Allí está la redacción periodística de todos los proyectos que lleva adelante la cooperativa de trabajo *lavaca*. Se encuentra atrás de una mesa redonda con Sonia, integrante del staff, papeles -muchos- económicos, una pequeña computadora y los pelos revueltos. Dice: “Tienen que pensar ¿Qué es lo nuevo? Saliendo del paradigma del capitalismo de lo nuevo como lo moderno. Volver a lo nuevo desde las raíces, la memoria, el futuro está atrás. Reconstruir la memoria de nuestra tradición”.

Pregunta, dice, habla, charla, se comunica por las redes y saluda a sus compañeros de trabajo. Va todo junto en Claudia. Una social comunicación, la búsqueda de hipótesis novedosas y el ensamble de la realidad, que según ella: “La hacés en la calle, estando, viviendo”.

“Lo primero que hay que hacer es preguntarse qué hacer con la Universidad de Periodismo, yo tengo un par de ideas, me las reservo. A la universidad le falta su Mayo Francés, la sociedad lo tuvo, pero la Universidad no, y deben hacerse cargo de esto”.

Vengan con cascos si van a decir “comunicación alternativa” dijo Acuña y, desde su silla con pequeñas ruedas, parecía que no jodía. Definitivamente ella no jode. Y entonces sigue bombardeando: “La clase media asustada se terminó legitimando en la Universidad. Estudiás con fotocopias cuando tenés celular, zapatillas de marca, y algo más. Qué valor cultural construís, pero bueno, los troskos funcionan gracias a las fotocopias y al centro que lucha por eso. La fotocopia es como el eslabón perdido entre el libro y el saber. Nadie reflexiona sobre la cultura de la

fotocopia y para nosotros es primordial esta costumbre. Todo descontextualizado, leemos un capítulo de un tipo que no sabemos quién es, ni sabemos qué dice en su libro porque nunca lo leeremos completo. Los lugares del saber imponen este tipo de costumbres”.

Mientras Claudia afirma que “la calle es un gran medio de comunicación” recibe las consultas y el cariño de los amigos y la hermana de Luciano Arruga. *lavaca* está preparando un material sobre la desaparición de este joven, caso en el cual los principales sospechosos son los agentes de la Policía Bonaerense que le exigían a Arruga “trabajar” para ellos a cambio del todo, o de la nada. Luciano nos falta desde enero del 2009. Dos metros atrás de Claudia, sobre una fila de computadoras viejas, Sergio Ciancaglini (“El mejor cronista que conozco” dice Pablo Marchetti) reúne toda la información de los chicos.

“Con los únicos que me puedo comunicar es con la gente que sueña. El sueño es importante, la ilusión es lo importante. El deseo construye, es un arma fuerte, más que el dinero. Hay un aparato que te impide desear o que vive de tu deseo. Vayamos por la intuición, la nuestra”, dice dulce, firme, concreta, la mujer Acuña.

“El periodismo es tiempo y espacio. Tenés que saber en qué época estás narrando y desde dónde. Uno siempre construye todo en el relato, eso es lo que te sacan primero. Sobre esa ignorancia tenés el ejército de bestias que se manejan en los medios que, además, después reciben una formación técnica para saber cómo escribir en el medio en el cual trabajás -acá se hace así. Todo esto que hacés mal, bueno acá se hace peor y a nuestra manera-. Encima pagás para esa tecnificación”.

Sigue con su mirada negra y originaria: “El paradigma del dinero a veces te saca de la relación tiempo y espacio. Vos podés tener plata y no poder desarrollar un medio. Fijate lo que pasó con *Crítica* y el mismo *Página/12*, una experiencia distinta de la

cual participé. Si quieren hacer lavaca no van a poder, harán otra cosa, pero una cooperativa no. Hay muchas experiencias del periodismo que no arrancaron a partir de la plata, por ejemplo *Barcelona*. Son un grupo de personas que hacen algo juntos porque se quieren, eso es impagable y no lo pueden armar. No se paga, es impagable. Sin embargo, el tiempo que les llevó concretar la idea... cuánta gente abandonó. Estamos otra vez en la relación espacio tiempo. Ese tiempo utilizado estuvo cotizado en lo que hoy es el producto”.

Hace calor en *Mu*. La frente húmeda de Claudia Acuña lo demuestra. Parece un capricho seguido de convicción: demostrar con el cuerpo; a la calle si querés hacer periodismo, si querés comunicar. “Hoy una redacción es un cementerio. Está todo el mundo comiendo facturas y mirando televisión”, dice y se da vuelta, mira un stand con números viejos de *MU, el periódico de lavaca*.

“No mires televisión, con el tiempo que te sobra hacé algo. Con el tiempo que te queda hacé la revolución”, cierra, se para y arranca para la calle.

La página de este medio de comunicación -[www.lavaca.org](http://www.lavaca.org)- dice: “*lavaca* es una cooperativa de trabajo creada en 2001 con el objetivo de generar herramientas, información, vínculos y saberes que potencien la autonomía de las personas y sus organizaciones sociales. Entendemos por autonomía: La autogestión de los proyectos de vida personales y colectivos; el libre flujo de nuevas formas de pensamiento y acción; el ejercicio de la libertad, entendido como forma de poder social”.

Esta cooperativa, en un “cacho de tiempo” está por tomar la calle.

X

**“Porqué no iban al parque y presenciaban el primer amanecer del año”.**  
**Yukio Mishima**

## Falopa en la calle

Desde un par de cuadras antes se nota que la calle a esa altura está cortada. No hay un piquete ni tampoco un accidente.

O tal vez sí, haya algo de eso. De un piquete, de un accidente.

*Mu.Punto de encuentro* es un enchastre de cosas: una librería, un bar, una biblioteca, un local de ropa, de comidas, un restaurante, una redacción. Un punto de encuentro. Un lugar libre, anacrónico, equivocado. En tiempos donde los encuentros no se alientan y las plazas se enrejan, este lugar corre definitivamente a destiempo. El color amarillo domina las paredes, los recovecos del lugar y atrae los ojos. Está ubicado en Hipólito Yrigoyen al 1400, al lado de la Universidad de las Madres de Plaza de Mayo y de una verdulería. Sobre el número que indica la altura de la calle hay un stencil de Rodolfo Walsh y encima de la cabeza de Walsh se alcanza a leer *Fin de la libertad, 12 de octubre*. El cartel que se distingue al frente del local es amarillo y tiene una inscripción grande en negro: *Esto es un medio de comunicación*.

Es jueves, casi navidad y la calle tiene el paso de los autos cortado porque está sembrada de mesas y sillas que se ubican de manera bastante ordenada sobre el asfalto caliente, de frente al improvisado escenario: una tela negra sobre el fondo, justo detrás de los instrumentos. Sólo tres sillones individuales, cuadrados y blancos, están desocupados. Sobre una de las veredas hay un puesto de periódicos *MU* y libros, todos ellos editados por el colectivo de trabajo *lavaca*, otro de ropa artesanal y uno último de dibujos hechos a mano.

Mientras suenan a un volumen bien alto temas de *Calle 13*, tres mozas atienden las mesas. Una de ellas es Claudia Acuña,

editora responsable del diario de *lavaca*, quien lleva puesta una musculosa con la inscripción *nacida para ser libre*. “Claudia es como mi madre”, asegura Marchetti y la imagen de Acuña en la calle y con delantal no deja dudas. Saluda con dos cervezas que chorrean gotas de hielo derrotado, las deja en una mesa, y luego acomoda unos diarios de uno de los stands. Cobra unas empanadas en una mesa doble y se limpia las manos en el bolsillo de su delantal. Claudia Acuña es la misma que dice que el periodismo sin amor no existe. “Si no tenés sensibilidad no escribas. Uno nunca puede dejar de soñar. Otra comunicación es posible”. Su mirada negra y sus pasos firmes hacen rebotar estas ideas cada vez que Claudia se acerca a la comunicación, se acerca a una persona, se acerca a un teclado. *Mu* está en la calle, porque siempre lo estuvo, nunca se metió sobre el nivel que la Municipalidad dice tiene que haber luego de las veredas. *Mu* es inquieto, Claudia se mueve... se informa moviéndose. Pisa la calle.

A unos veinte metros y cerca del escenario, el verdulero mira todo, mucho. Mira mucho, todo. Está acodado sobre unos cajones de madera y de a ratos se lleva el pico de su botella de cerveza a la boca. Sorbe tragos largos pero no por ello deja de mirar hacia donde están las mesas.

Primero es un viento suave. Una brisa. Un panadero que flota sobre las mesas. Después ya, algunos papeles empiezan a despegar y hasta algunos diarios se vuelan. Dos enormes nubes chocan sus vasos y la tormenta se larga. Para adentro todos los equipos de *Conjunto Falopa* que justo hoy presentan en la calle: batería, saxo, equipo de bajo y doble consola. Se larga y dicen “Uff”, Pablo Falopa todavía no ha llegado, pero la prueba de sonido había salido perfecta y luego de cinco minutos a estas dos nubes se les ocurre brindar.

Todos colaboran. Los de *Mu*, los músicos, los amigos, los no amigos, los que pasan y no pueden pasar. Adentro los equipos,

las mesas, las sillas, la feria en la calle. Adentro la feria que salía otra vez a la calle.

Dentro del local hay filas de cuerpos húmedos con brazos fríos y todavía cabezas calientes que se mezclan para acomodar el espacio y dejarlo listo para que Falopa presente *Cancionero para un fogón anarco-peronista*, su nuevo disco. Arman cinco hileras de sillas y a las mesas las suben al primer piso para que no molesten. Justo en ese momento aparece Pablo Marchetti con la pelada mojada... habla, se ríe, saluda, mira al cielo.

Sobre la ventana que da a la calle del local de *Mu* hay pegada una calcomanía donde se alcanza a leer: *Acá se vende Falopa*, ilustrada con la tapa del primer disco de la banda. Contra esa misma ventana y apilados en unos pocos metros cuadrados, *Jamaicaderos* arma su set. Suena al aire libre, sobre la vereda de *Mu*. No se le animan a la calle todavía. Caen las últimas gotas y el ritmo dulzón se mete en la infinitud de una calle más de la ciudad autónoma. Pasa gente que va de mandados y se queda.

Se juntan los cinco faloperos y, como si fuera una arenga de un equipo que sale a buscar a su clásico rival, se meten en trencito adentro de *Mu*. A los pocos segundos el trencito vuelve, pero ahora cargado con los instrumentos. De vuelta a armar en la calle y un grupo de cinco personas aplaude y muestra sus dientes.

Cuando toca el último tema *Jamaicaderos* las gotas vuelven a reventarse contra los adoquines. El tiempo se empecina con la *Falopa* en la calle pero sin embargo los pechos se inflan y resisten. Salen algunos naylons para tapar lo elemental y los organizadores miran para el cielo. Es una escena de película determinista. Sesenta personas contemplando las nubes y pensando sus distintas frases como para que el cielo deje reír.

Finalmente los equipos disparan luces verdes y rojas y un *Mi mayor* sale del bajo de Juan Falopa. La banda está a punto de presentar su segundo disco de estudio en un espacio donde se hacen fuertes, un espacio por el que luchan y reivindican, apo-

yados en el contexto que les dio su mayor agite: la calle. Desde la página de *Mu* ([www.lavaca.org](http://www.lavaca.org)) advertían que esa noche tocaría su banda favorita y que nada podía pasar.

Marchetti -después de ir y venir entre la gente y saludar a colegas, amigos y desconocidos, después de entrar y salir del local, después de tomarse un vaso con cerveza, después de tantas otras cosas- planta su jeta cerca del micrófono. Mientras Federico Marquestó marca los tiempos con los palillos de la batería y la banda toda lo acompaña con la música, Marchetti se ríe y empieza a cantar Milonga paranormal: *“Milonga de antenas verdes y de platos voladores/de muy bajo presupuesto: ya vendrán tiempos mejores”*. *Conjunto Falopa* ya está tocando sus canciones: zambas voladas, tangos mentirosos, chacareras que no son chacareras.

“Siempre los voy a ver; no pude ir a La Trastienda, una lástima, pero bueno...”. El señor está apoyado cómodo contra un ciclistero, de brazos cruzados y se lamenta por aquella vez que no pudo ir a verlos aunque -quizás él no lo sabe- no deja de mostrar orgulloso su reciente compra: el segundo disco de *Conjunto Falopa*. No corre la vista de los miembros de la banda y se ríe con cada intervención del cantante.

Marchetti es gordo. O mejor dicho, grandote. O mejor dicho, Marchetti es enorme. Y la pollera hindú marrón que tiene puesta y le llega hasta las rodillas no le queda tan mal como pareciera. Un oso enorme, pelado y con pollera. No se sabe si baila, si sólo quiere moverse, si está practicando alguna técnica de karate milenaria, si hace todo eso a la vez o no, nada de eso; pero se mueve. Y mucho. En cada canción parece reinventar la danza -la suya- y se aleja de la banda y camina entre las mesas, y le roba un sorbo de cerveza a un pibe que está sentado cerca, y señala -mediante gesto cómplice y risa de por medio- a Claudia Acuña e imita de vez en vez algún paso torpe de zamba o tango

o milonga. Marchetti es la anarquía de la danza. O el vale todo del baile.

También Marchetti es ante todo un irreverente comunicador y fiel a su oficio, logra fundirse en los fondos que se le presentan en cada una de sus intervenciones. Tiene facilidad, habilidad y, además, es un oso altamente sensible. Entonces en una misma canción puede referirse a las Madres del dolor levantando su brazo y con su dedo ñoqui señalar la Universidad que tiene a su izquierda y también puede ver La Casa de la Provincia de Formosa a su derecha y reclamar con su metáfora por la reciente represión a la comunidad Qom.

Un viejo dormita sentado contra un cortinado metálico escrito con aerosol, y parece que en cualquier momento la cabeza se le va a salir. Se duerme, cabecea, reacciona, abre apenas los ojos y vuelve a dormirse y a cabecear y a reaccionar. Así, tres cuatro cinco veces. Así hasta que después de algunas canciones de *Conjunto Falopa* se para, camina hasta el cordón y aplaude cada canción y se ríe cuando el pelado Marchetti grita, agitando su gorda mano: *“El papa... en jogging, Jorge Bergoglio... en jogging, Falopa... en jogging, Videla... en jogging, Barreda... en jogging, Claudia Acuña... en jogging, el Che Guevara... en jogging”*. No se sabe las letras y seguramente no sepa que Marchetti es uno de los directores de la revista *Barcelona*. Y quizás mañana tampoco sepa responder si -en la cantina de la esquina a la que va para tomarse un vaso de vino- alguien le preguntara el nombre de la banda, pero no importa; el viejo siente, está sintiendo la música. Y se le nota.

Son casi las dos de la mañana y hay canciones que se empiezan a repetir. Los músicos -que ya amagaron tres veces con la retirada- deciden versionar sus temas en clave de cumbia, para lo cual Marchetti se hace de un cencerro y no para de golpearlo una y otra vez. Algunas canciones por momentos suenan desprolijas, se cortan donde no deberían y hay letras que se olvidan.

Pero importa un carajo porque la gente sigue bailando y Claudia Acuña sigue alcanzando y sirviendo cerveza.

Que dice Claudia: “Gracias por al aguante y por quedarse”, que Pablo sigue con el cencerro en la mano mientras charla y saluda, que existen nuevas formas de hacer, que el bardo comunicacional recién arranca.

En poco menos de veinticuatro horas será, lo que llaman, noche buena. Y en pocas horas -dos, tres- los diarios ya estarán en venta y ninguno publicará o dirá nada respecto del recital ni que hubo música en la calle. Es entendible, claro. No está bien que se sepa que cerca de la navidad hubo *Falopa* gratis para todos.

## Índice

<b>Prólogo</b> .....	<b>7</b>
<b>Capítulo I</b> .....	<b>15</b>
<b>Capítulo II</b> .....	<b>23</b>
<b>Capítulo III</b> .....	<b>41</b>
<b>Capítulo IV</b> .....	<b>55</b>
<b>Capítulo V</b> .....	<b>69</b>
<b>Capítulo VI</b> .....	<b>79</b>
<b>Capítulo VII</b> .....	<b>93</b>
<b>Capítulo VII</b> .....	<b>99</b>
<b>Capítulo IX</b> .....	<b>109</b>
<b>Capítulo X</b> .....	<b>119</b>





